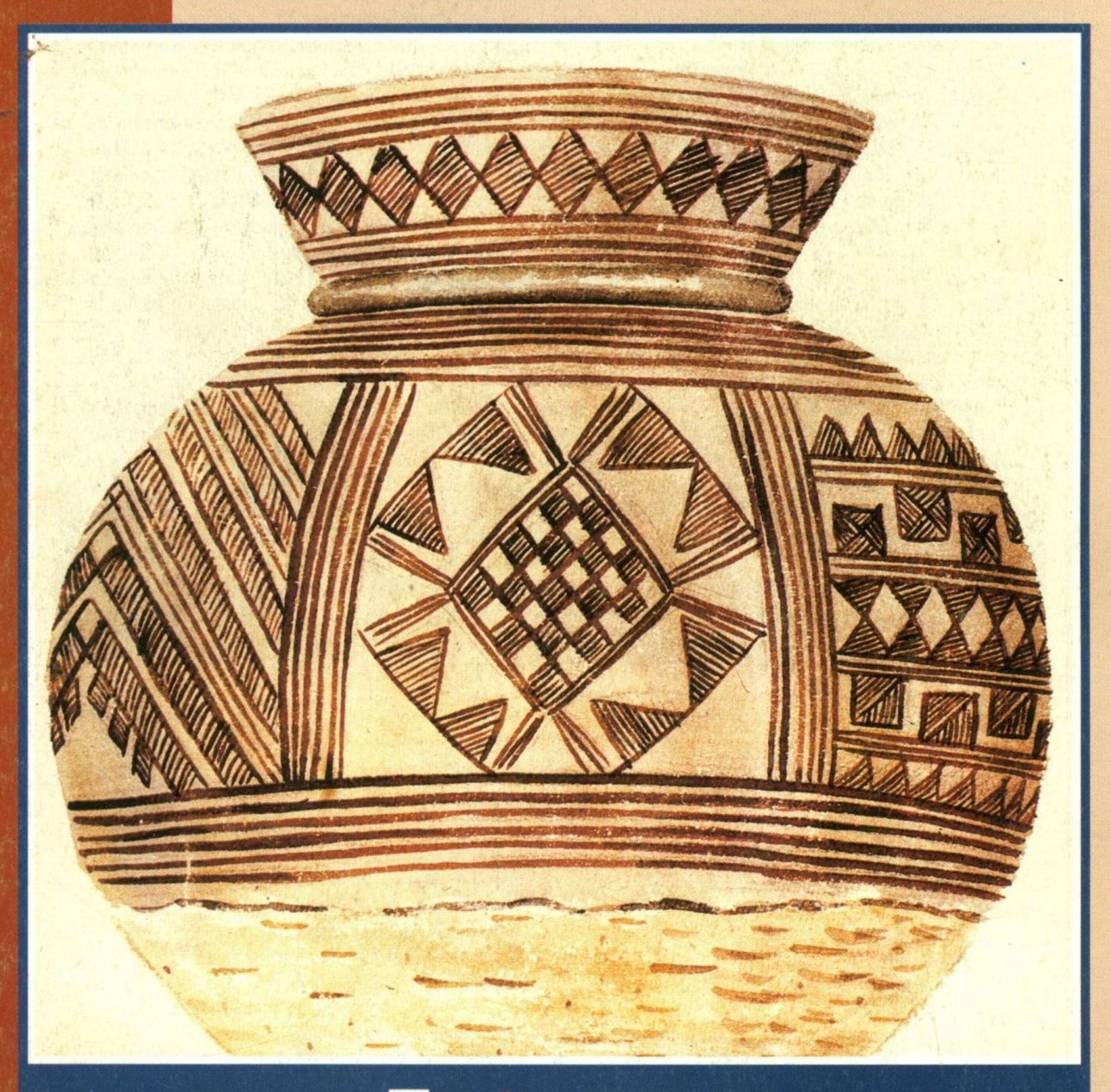
Cuadernos

Historia 16

250 PTAS



Tartessos

Carlos G. Wagner

41

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

1. La Segunda República Española • 2. La Palestina de Jesús • 3. El Califato de Córdoba • 4. El Siglo de Oro, 1 • 5. El Siglo de Oro, 2 • 6. Faraones y pirámides • 7. La Castilla del Cid • 8. La Revolución Industrial • 9. Felipe II • 10. La medicina en la Antigüedad • 11. Los Reyes Católicos • 12. La mujer medieval • 13. La Revolución Francesa, 1 • 14. La Revolución Francesa, 2 • 15. La Revolución Francesa, 3 • 16. El Egipto de Ramsés II • 17. La invasión árabe de España • 18. Los Mayas • 19. Carlos V • 20. La guerra de la Independencia, 1 • La guerra de la Independencia, 2 • 22. La Hispania romana • 23. Vida cotidiana en la Edad Media • 24. El Renacimiento • 25. La Revolución Rusa • 26. Los fenicios • 27. La Mezquita de Córdoba • 28. La Reforma en Europa • 29. Napoleón Bonaparte, 1 • 30. Napoleón Bonaparte, 2 • 31. Los iberos • 32. Recaredo y su época • 33. Los campesinos del siglo XVI • 34. La Inglaterra victoriana • 35. El Neolítico • 36. Los Aztecas • 37. La Inglaterra isabelina • 38. La II Guerra Mundial, 1 • 39. La II Guerra Mundial, 2 • 40. La II Guerra Mundial, 3 • 41. Tartessos • 42. Los campesinos medievales • 43. Enrique VIII • 44. La España de José Bonaparte • 45. Altamira • 46. La Unión Europea • 47. Los reinos de taifas • 48. La Inquisición en España • 49 Vida cotidiana en Roma, 1 • 50. Vida cotidiana en Roma, 2 • 51. La España de Franco • 52. Los Incas • 53. Los comuneros • 54. La España de Isabel II • 55. Ampurias • 56. Los almorávides • 57. Los viajes de Colón • 58. El cristianismo en Roma • 59. Los pronunciamientos • 60. Carlomagno, 1 • 61. Carlomagno, 2 • 62. La Florencia de los Médicis • 63. La Primera República Española • 64. Los sacerdotes egipcios • 65. Los almohades • 66. La Mesta • 67. La España de Primo de Rivera • 68. Pericles y su época • 69. El cisma de Aviñón • 70. El Reino nazarita • 71. La España de Carlos III • 72. El Egipto ptolemaico • 73. Alfonso XIII y su época • 74. La flota de Indias • 75. La Alhambra • 76. La Rusia de Pedro el Grande • 77. Mérida • 78. Los Templarios • 79. Velázquez • 80. La ruta de la seda • 81. La España de Alfonso X el Sabio • 82. La Rusia de Catalina II • 83. Los virreinatos americanos • 84. La agricultura romana • 85. La Generación del 98 • 86. El fin del mundo comunista • 87. El Camino de Santiago • 88. Descubrimientos y descubridores • 89. Los asirios • 90. La Guerra Civil española • 91. La Hansa • 92. Ciencia musulmana en España • 93. Luis XIV y su época • 94. Mitos y ritos en Grecia • 95. La Europa de 1848 • 96. La guerra de los Treinta Años • 97. Los moriscos • 98. La Inglaterra de Cromwell • 99. La expulsión de los judíos • 100. La revolución informática.

Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-13690-1996

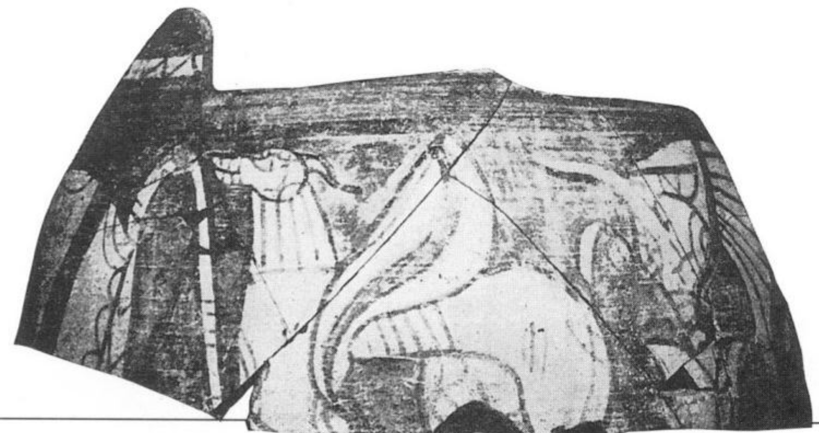
Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

Historia 16

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas., sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Indice



En portada, reconstrucción ideal de un vaso tartésico, datado hacia el siglo IX a. C. y cuyos fragmentos fueron hallados en El Carambolo (Museo Arqueológico, Sevilla). Izquierda, fragmento de cerámica orientalizante, procedente de Lora del Río (Museo Arqueológico, Sevilla)



Tartessos

Carlos G. Wagner
Departamento de Historia Antigua.
Universidad Complutense de Madrid

Tartessos ha sido, y aún hoy lo es en gran medida, el tema estelar en la investigación de nuestro pasado, allí donde la Historia comienza a perder sus contornos para mezclarse con el mito y la leyenda. Para la mayoría de la gente Tartessos es evocación de una civilización antiquísima, anterior a la romana y coetánea de la fenicia y la griega, de un reino floreciente que tuvo su sede en el sur de la Península muchos siglos antes de nuestra era. Esta venerable antigüedad confiere sus peculiares rasgos a Tartessos lo que, unido a la fama de sus riquezas, codiciadas desde muy pronto por los audaces navegantes fenicios, y al desconocimiento arqueológico que en gran medida aún subsiste, ha servido y sirve para alimentar todo tipo de fabulaciones.

Los textos de los autores antiguos han conservado parte del recuerdo de lo que fue Tartessos, de cómo lo conocieron aquellos que lo visitaron y de la imagen que tenían quienes habían oído hablar de su existencia. Recuerdo que, pese a todo, no es siempre fácil de establecer debido a la peculiaridad de las noticias conservadas. Y poseemos también los objetos y monumentos encontrados en distintos lugares del sur de la Península por varias generaciones de arqueólogos. Aún así, subsisten bastantes incógnitas, entre otras cosas, porque ninguno de estos lugares ha podido ser excavado totalmente.

Durante mucho tiempo se ha defendido la identificación del Tarsis bíblico con el Tartessos peninsular por medio de argumentos filológicos, históricos o geográficos. En la Biblia la palabra *Tarsis* es empleada con significados diversos. Unas veces es un topónimo, como en el Libro segundo de los Salmos (72, 10) en el que dice: *Los reyes de Tarsis y de las islas le ofrecerán sus dones, y los soberanos de Seba y de Saba pagarán tributo.* También en Jeremías (10, 9): *... plata laminada venida de Tarsis,* en el oráculo contra Tiro de Isaías (23, 6): *Pasad a Tarsis, lamentaos, moradores de la costa,* y en el de Ezequiel (27, 12): *Los de Tarsis traficaban contigo en gran abundancia de productos de toda suerte; en plata, hierro, estaño y plomo te pagaban tus mercancías.* En Isaías (66, 19) podemos igualmente leer: *Yo les daré una señal, y mandaré sobrevivientes de ellos a Tarsis, en las naciones de Put, de Lud, de Mosoc, de Ros, de Tubal y de Yaván, de las islas lejanas que no han oído nunca mi nombre y no han visto mi gloria...,* y en Jonás (1, 3): *Pero Jonás se levantó para huir de la presencia de Yavé a Tarsis, y bajó a Jope, donde halló un navío que se dirigía a Tarsis. Pagado el pasaje del mismo, embarcó en él para marchar con ellos a Tarsis, lejos de la presencia de Yavé.*

La mención a las *naves de Tarsis* como un tipo específico de embarcación se repite otras tantas veces, como en el texto del primer libro de Reyes (10, 21-22) sobre las riquezas del reinado de Salomón: *No había nada de plata, no se hacía caso alguno de ésta en tiempos de Salomón, porque el rey tenía en el mar naves de Tarsis con las de Hiram, y cada tres años llegaban las naves de Tarsis trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales,* o sobre los barcos construidos un siglo después por Josafat (22, 49) para ir a Ofir: *Josafat construyó naves de Tarsis para ir a Ofir en busca de oro; pero no fueron porque las naves se destrozaron en Asiongaber.* También en el mencionado oráculo de Isaías sobre Tiro (23, 1): *Gemid, naves de Tarsis; vuestro puerto está destruido,* y en el de Ezequiel (27, 25): *Las*

Detalle de un jarro tartésico, de tendencia orientalizante y procedencia desconocida (Museo Lázaro Galdiano, Madrid)

naves de Tarsis eran las caravanas que traían tus mercancías. En otra ocasión leemos en el mismo Isaías con ocasión de la ira de Yavé (2, 15-16): *... contra toda encumbrada torre, contra toda muralla fortificada, contra todas las naves de Tarsis y contra los navíos de mercancias preciosas.*

Otras veces Tarsis aparece como antropónimo, en Genésis (10, 2-4) por ejemplo: *... hijos de Javan: Elisa y Tarsis, Quitin y Rodanim,* o en Crónicas al enumerar los descendientes de Benjamín (I, 7, 10): *Hijo de Jedial: Bilhán. Hijos de Bilhán: Jehús, Benjamín, Ehud, Quenana, Zetán, Tarsis y Ajisar,* y no faltan tampoco menciones con el significado de una desconocida piedra preciosa (*Exodo,* 28, 20, *Ezequiel,* 1, 16, *Daniel,* 10, 6, entre otras).

Parece que Tarsis pudiera encontrarse en algún lejano lugar del Mediterráneo, aunque no faltan los partidarios de una localización oriental —en el Mar Rojo o incluso la India— o que esta palabra se utilizara para denominar de una forma abstracta, debido a los limitados conocimientos geográficos de los hebreos, una realidad geográfica ambigua, el lejano extremo occidente, según piensan otros. No obstante, la identificación con Tartessos, que también tiene partidarios recientes, resulta en términos filológicos problemática. Pero aún admitiéndola, las noticias sobre Tarsis en la Biblia bien poco podrían añadir al conocimiento que tenemos de Tartessos por los textos de los autores griegos y romanos y por los descubrimientos arqueológicos. Son de interés, sobre todo, para las más antiguas navegaciones fenicias hacia Occidente.

Las noticias de los autores griegos y latinos

Del conjunto de noticias que en la Antigüedad circularon sobre Tartessos debemos separar las de carácter mítico y legendario de las de índole histórica o geográfica. Las primeras, que incluyen el mito de Gerión y algunas alusiones a las hazañas en Occidente de héroes como Perseo, Hércules, Sarpedón o los Argonautas, son el resultado del desplazamiento de muchos de los paisajes míticos griegos desde sus localizaciones originarias, empujados por la ampliación de los conocimientos geográficos que ocasionó la expansión colonial helénica. El mito de Gerión, que a finales del siglo VII a.C. el poeta Etesícoro de Himera sitúa por primera vez en Tartessos, había tenido previamente una localización oriental, como casi todos los mitos que se sitúan en algún lugar del Occidente o junto al Océano, que por aquel entonces constituía los confines del mundo conocido.

Mucho después, Pausanias (X, 17, 5) atribuirá a un nieto de Gerión llamado Norax la fundación de la ciudad de Nora en Cerdeña, de donde procede precisamente una estela con inscripción fenicia fechable en el siglo IX a.C., en la que algunos investigadores leen la palabra Tarsis: *Después de Aristeo pasaron a Cerdeña los iberos a las órdenes de Norax, y éstos fundaron la ciudad de Nora, la primera que se recuerda hubo en la isla. Norax dicen que era hijo de Eritea, la hija de Gerión, y de Hermes.* El propio testimonio de Etesícoro nos ha sido transmitido en época de Augusto por el geógrafo Estrabón (3, 2, 11): *Parece ser que en tiempos anteriores llamóse al Betis Tartessos, y a Gades y sus islas vecinas Eriteia. Así se explica que Etesícoro, hablando del pastor Gerión, dijese que había nacido enfrente de la ilustre Eriteia, junto a las fuentes inmensas de Tartessos, de raíces argénteas, en un escondrijo de la peña.*

Más adelante hace el siguiente comentario: *Y como el río tiene dos desembocaduras, dícese también que la ciudad de Tartessos, homónima del río, estuvo edificada antiguamente en la tierra colocada entre ambas, siendo llamada esta región Tartéside, que ahora habitan los túrdulos. Eratóstenes acostumbraba a llamar Tartéside a la región cercana a Calpe, y a Eriteia «isla afortunada».* Mas Artemidoro, opinando en contra, afirma que ello es falso. El mismo Estrabón (3, 5, 4) recoge la idea de que había sido la riqueza en pastos y ganados de la zona la que había dado lugar a la localización del mito: *Para Ferécides parece ser que las Gadeiras son Eriteia, en la que el mito coloca los bueyes de Gerión, mas según otros, es la isla situada frente a la ciudad, de la que está separada por un canal de un estadio. Justifican su opinión en la bondad de los pastos y en el hecho de que la leche de los ganados que allí pastan no hace suero.*



Hércules luchando contra Gerión (detalle de un ánfora griega decorada por el Pintor de las Inscripciones, Biblioteca Nacional, París)

En el aspecto triforme de Gerión, personaje gigantesco de tres cuerpos o tres cabezas, se ha querido ver una alusión a la presencia celta en la Península y en el mismo Tartessos, y también se ha interpretado como la existencia de carácteres sobrenaturales propios de los reyes primigenios o la naturaleza de un poderoso guerrero.

Otro mito, no menos controvertido, ha sido preservado por un único autor de época tardía, el epitomista Justino (44, 4) en el resumen que hizo de la obra de Trogo Pompeyo, historiador de tiempos de Augusto. Según su relato, los tartesios y los curetes habitaban los bosques, siendo uno de sus primeros reyes Gárgoris, que descubrió el aprovechamiento de la miel. Este monarca tuvo un hijo fruto de unas relaciones incestuosas, por lo que fue abandonado en el monte, en donde sin embargo fue amamantado por las fieras. Arrojado al mar, las olas lo devolvieron a la orilla y una cierva lo crió entre sus cervatillos, adquiriendo su agilidad y costumbres. Capturado finalmente por unos cazadores se convirtió, tras ser reconocido por su padre y llamado Habis, en un rey sabio que dio leyes a su pueblo, en las que prohibía trabajar a los nobles, y les enseñó a cultivar la tierra con bueyes uncidos al arado. ... *Se le impuso el hombre de Habis y, cuando recibió el reino, fue de una grandeza tal que no en vano parecía salvado de tantos peligros por majestad de los dioses, ya que unió a aquel pueblo bárbaro con leyes y fue el primero que enseñó a domar los bueyes con el arado y a buscar el trigo en el surco... prohibió los trabajos serviles y dividió la plebe en siete ciudades. Al morir Habis el reino fue retenido durante muchos siglos por sus sucesores. En otra parte de Hispania constituida por islas, el reino estuvo en manos de Gerión.*

El mito, que presenta al personaje de rey civilizador o héroe cultural, frecuente en otros relatos similares, ha atraído el interés de muchos estudiosos. La mayoría, desde Caro Baroja, admite su autenticidad, atribuyéndose un origen autóctono, mientras que una minoría duda de ella y piensa que es una creación del período helenístico, sin que poseamos pruebas definitivas a favor de una u otra opción. El mito, en cualquier caso, describe el origen de una realeza muy antigua y el paso de una civilización muy simple a otra más compleja.

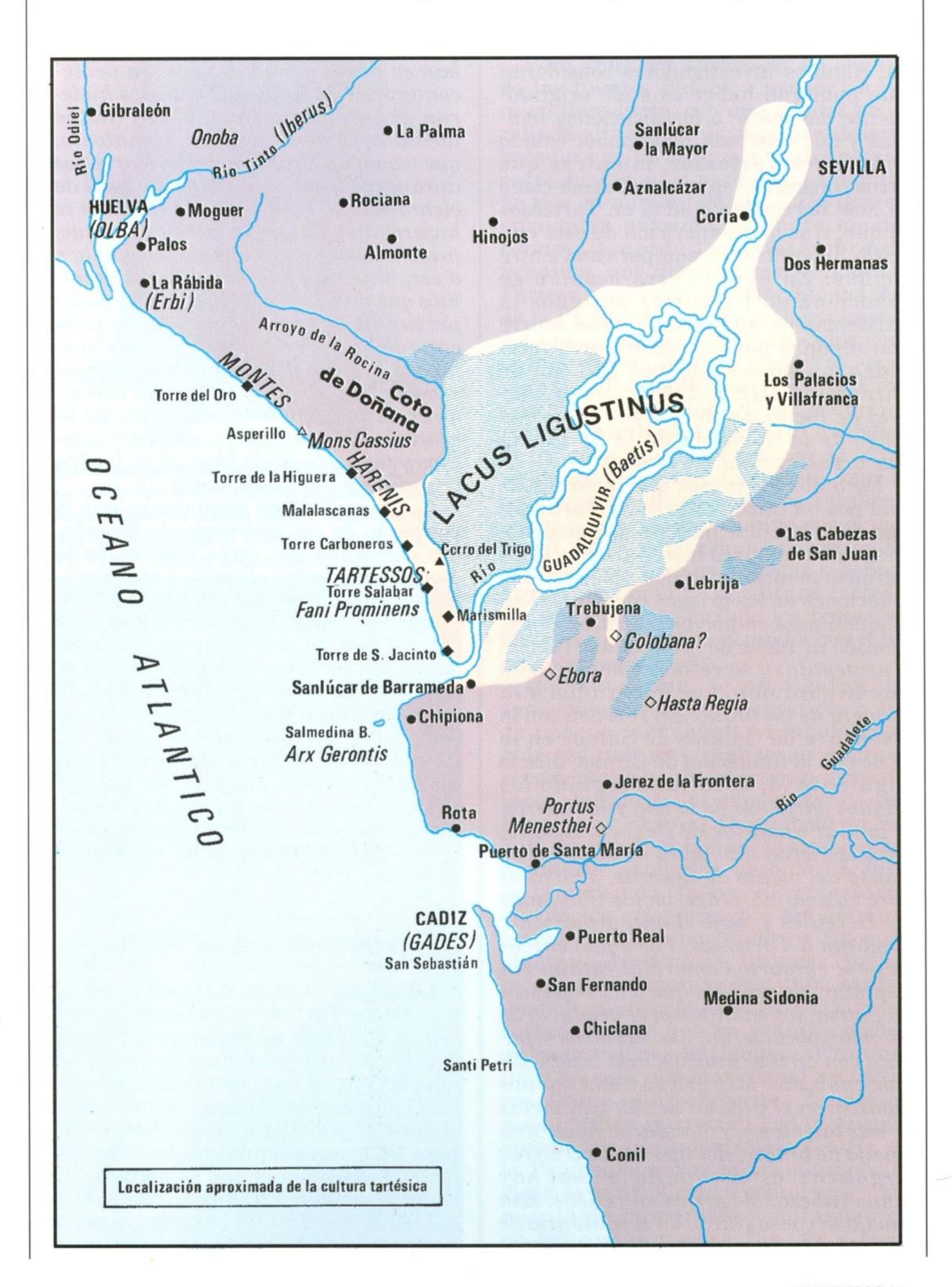
Igual de problemático resulta el testimonio de Avieno, poeta tardío, que en su composición erudita *Ora marítima,* realiza una descripción de las costas peninsulares. Aunque el autor afirma haber utilizado para su redacción fuentes muy antiguas, y entre ellas *los oscuros anales de los púnicos,* lo cierto es que no sabemos nada seguro al respecto. Algunos investigadores piensan que utilizó fundamentalmente datos obtenidos de un periplo griego massaliota, mientras que otros creen que se basó en un itinerario púnico de, al menos, el siglo VI a.C., debido a que el nombre de Ampurias no aparece y a que mucha de la onomástica que utiliza es tan antigua que no se encuentra en textos posteriores. En su poema, Avieno (265-295) recoge que Tartessos es una ciudad situada en el golfo del mismo nombre a la que confunde con Gadir (Cádiz): *Aquí se extienden en su amplitud las costas del golfo tartesio;... aquí está la ciudad de Gadir, pues la lengua púnica llamaba* gadir *a un lugar cerrado. Fue llamada, antes, Tartessos, ciudad grande y opulenta en tiempos antiguos; ahora es pobre, ahora pequeña, ahora abandonada, ahora un montón de ruinas. Nosotros en estos lugares no vimos nada digno de admirar, excepto el culto a Hércules... El río Tartessos, deslizándose por campos abiertos desde el Lago Ligustino, ciñe la isla por ambos lados con su corriente. Y no corre por un solo lecho, ni surca él solo la tierra subyacente, pues, por el lado por donde nace la luz de la aurora, proyecta tres brazos sobre los campos; dos veces, con dos desembocaduras, baña también las zonas meridionales de la ciudad.*

Y añade: *Pero, encima de la marisma, se proyecta el monte Argentario, llamado así por los antiguos debido a su aspecto, pues refulge en sus vertientes por la gran cantidad de estaño, y despide más luz todavía hacia los aires, en la lejanía, cuando el sol ha herido sus excelsas cimas con rayos de fuego. El mismo río, a su vez, hace rodar, con sus aguas, limaduras de pesado estaño y arrastra el valioso metal junto a sus murallas... Como hemos dicho más arriba, el mar de en medio separa la ciudadela de Geronte y al cabo de un templo y entre rocas escarpadas se forma una bahía. Junto al segundo cabo desemboca un ancho río. Al fondo se proyecta el monte de los tartesios, de sombríos boscajes. Aquí se halla la isla Eritía, de extensos campos, y, en otro tiempo bajo el dominio púnico, pues unos colonos de Cartago fueron los primeros en ocuparla. Y Eritía está separada del continente por un brazo de mar a cinco estadios sólo de la ciudadela.*

En su poema, Avieno proporciona otras informaciones. El golfo, en el que se alza Tartessos, estaría situado más allá del estrecho tartesio (53-54). La duración de un viaje por mar desde Tartessos hasta el cabo Aruio —en la desembocadura del Duero— era de cinco días (162-164), mientras que desde la región en que se alza el cabo de Ofiusa —estuario del Tajo— el camino por tierra apenas se podía cubrir en cuatro (177-181). Asimismo, desde Tartessos hasta el Anas (Guadiana) había una jornada de navegación (265-267), y por tierra un viaje de cinco días hasta Malaka, en donde los tartesios poseían una isla consagrada a Noctiluca (181-182, 428-430). Las gentes de Tartessos comerciaban desde antiguo con las Oestrimnidas (113-114) y el límite de sus territorios alcanzaba la región habitada por los masienos (463-464). Esto último aparece refrendado en el texto del segundo tratado romano/cartaginés del 438 a.C., conservado por Polibio (III, 24) en el que se hace mención expresa de Mastia de Tartessos, localidad que comúnmente se sitúa en las proximidades de Cartagena.

La confusión de Tartessos con Gadir también se produce en otros autores de época romana. Plinio el Viejo (4, 120) escribe: *Nosotros la llamamos Tartessos y los púnicos Gadir, lo que en lengua púnica significa reducto.* De forma similar se expresan Cicerón, Valerio Máximo, Silio Itálico y Arriano. No obstante, cuando Estrabón habla de Gadir no alude a Tartessos, si bien reconoce al río de este nombre en el Betis (Guadalquivir). Antes que él, Eforo, geógrafo griego del siglo IV a.C. que extracta textos más antiguos, señala que dos días de navegación separan a Tartessos de Gadir. En esta noticia, conservada en Escimno de Quíos (164-166), se llama a Tartessos *ciudad ilustre, que trae el estaño arrastrado por el río desde la Céltica, así como oro y cobre en mayor abundancia.* No está claro cómo se produjo la confusión entre Gadir, la antigua ciudad fenicia, y Tartessos. Lo cierto es que el estrecho de

Tartessos era un río situado casi enfrente de la ilustre Erytheia, lo que en sentido estricto corresponde al Guadalete en el día de hoy y, tal vez, también al Guadalquivir en la Antigüedad, si una de sus bocas hubiera desembocado entonces en la bahía de Cádiz. Como quiera que fuese, para Estrabón y para otros autores antiguos, el Tartessos se llamaba también *Baitis* y era el mayor río de Andalucía, lo que sólo puede referirse al Betis o Guadalquivir... (Antonio Blanco Freijeiro, *El problema de Tartessos*, HISTORIA 16, nº 47, marzo 1980)



Gibraltar, donde se situaban las Columnas de Hércules es llamado *gaderita* en los textos más antiguos, denominándolo *tartesio* los más recientes.

La confusión Tartessos/Gadir podría proceder del período helenístico, pues es entonces cuando comienza a emplearse el calificativo de *tartesio* para referirse al sur de la Península Ibérica. Algunos investigadores consideran que pudieron haber existido originalmente dos *gadir* o fortificaciones fenicias y que una bien pudo haber estado próxima a Tartessos, mientras que otros consideran que fue su fama como la más floreciente ciudad en Tartessos la que, tras la desaparición de este emporio, llevaría a la equiparación entre ambas. En alguna otra ocasión se menciona en los textos antiguos la existencia de una ciudad, como ocurre con algunas noticias de Hecateo recogidas mucho después por Esteban de Bizancio (*FGrH,* I, 38): *Tartessos, ciudad de Iberia nombrada por el río que fluye de la montaña de la plata, río que arrastra también estaño.*

De todos los textos que la Antigüedad nos ha conservado sobre Tartessos son de particular interés los que debemos a Heródoto. El historiador de Halicarnaso menciona en dos ocasiones las relaciones de los griegos con Tartessos, al que llama *emporion akératon* (en el sentido de lugar de intercambio *intacto* o *protegido*) y se refiere también a su rey Argantonio, que gobernaba *a la manera de un tirano.* En relación con la aventura de Colaios de Samos en la época de la fundación de Cirene, dice lo siguiente (4, 152): *Acto seguido los samios partieron de la isla y se hicieron a la mar ansiosos de llegar a Egipto, pero se vieron desviados de su ruta por causa del viento de Levante. Y como el aire no amainó, cruzaron las Columnas de Hercules y, bajo el amparo divino, llegaron a Tartessos. Por aquel entonces ese emporio comercial estaba sin explotar, de manera que a su regreso a la patria, los samios con el producto de su flete, obtuvieron, que nosotros sepamos con certeza muchos más beneficios que cualquier otro griego... Los samios apartaron el diezmo de sus ganancias —seis talentos— y mandaron hacer una vasija de bronce, del tipo de las cráteras argólicas, alrededor de la cual hay unas cabezas de grifos en relieve. Esa vasija la consagraron en el santuario de Hera sobre un pedestal de tres colosos de bronce de siete codos, hincados de hinojos.*

Por otra parte, al hablar de los viajes de los focenses hacia Occidente cuenta (1, 163) que: *Los habitantes de Focea fueron los primeros griegos que realizaron largos viajes por mar y son ellos quienes descubrieron el Adriático, Tirrenia, Iberia y Tartessos. No navegaban en naves mercantes sino en pentecónteras. Y al llegar a Tartessos hicieron gran amistad con el rey de los tartesios, cuyo nombre era Argantonio, que (como un tirano) gobernó Tartessos durante ochenta años y vivió un total de ciento veinte. Pues bien, los focenses se hicieron tan amigos de este hombre que, primero los animó a abandonar Jonia y a establecerse en la zona de sus dominios que prefiriesen, y, luego al no poder persuadirles sobre el caso, cuando se enteró por ellos de cómo progresaba el medio, les dio dinero para rodear su ciudad con un muro. Y se lo dio en abundancia, pues el perímetro de la muralla mide, en efecto, no pocos estadios y toda ella es de bloques de piedra grandes y bien ensamblados.*

La longevidad de Argantonio, que lo convierte en un personaje de leyenda, era celebrada por otros autores de la Antigüedad, como el poeta Anacreonte, que residía en la corte del tirano Polícrates de Samos y que, según Estrabón (3, 2, 14) *no desearía ni el cuerno de Amaltea, ni reinar ciento cincuenta años en Tartessos,* o por Plinio (7, 154): *El poeta Anacreonte dio a Argantonio, rey de los tartesios, ciento cincuenta años.* Cicerón, Valerio Máximo, Luciano de Samosata, Apiano, recogen la misma noticia, que los investigadores modernos han interpretado frecuentemente como la duración de una dinastía.

La investigación arqueológica

Lo que los autores antiguos escribieron sobre Tartessos nos permite situarla en el sur de la Península Ibérica. Heródoto aún precisa más al afirmar que se encontraba más allá de las Columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar) y distinguirla de Iberia, que para los griegos representaba el litoral mediterráneo, en el que se encontraba Emporion. Éforo afirma incluso que se hallaba a dos días de navegación de la Gadir fenicia. Otras fuentes posterio-



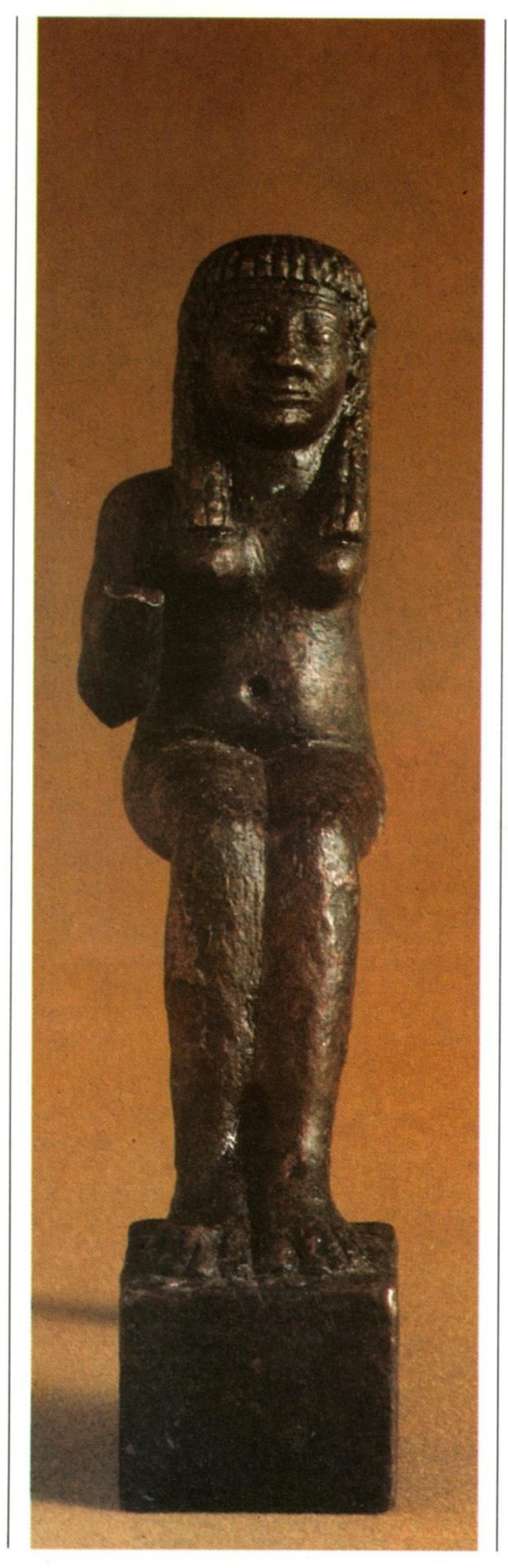
Quemaperfumes de terracota, siglo VII a. C. decorado con motivos orientalizantes (Museo Arqueológico de Cádiz). Abajo, fragmento de marfil decorado de El Acebuche, Sevilla, siglos VII-VI a. C. (Museo Arqueológico, Sevilla)



res confunden ambas o asocian Tartessos al Estrecho y al Guadalquivir (Betis). La conclusión que se puede obtener es que Tartessos era en un principio el nombre de un lugar en la costa atlántica para, posteriormente, abarcar un territorio más amplio que, a grandes rasgos, llegaría a comprender todo el sur peninsular.

Pero, ¿qué era Tartessos? La lectura de las fuentes induce a pensar en un reino floreciente, con una capital amurallada situada en la múltiple desembocadura de un río que arrastra estaño entre sus aguas y nace en una montaña rica en mineral de plata. Un lago se encuentra próximo. Durante mucho tiempo, y desde la famosa obra de Schulten, que fue el primero en situar Tartessos en un lugar concreto del sur de la Península, los arqueólogos buscaron una ciudad en distintas ubicaciones —isla de Saltés (Huelva), marismas y Hasta Regia (Sevilla), Coto de Doñana, Mesa de Astas (Cádiz)— sin que el éxito les sonriera. A finales de los años sesenta esta etapa de la investigación se percibía agotada, por lo que a partir de entonces se sentaron las bases para, renunciando por el momento a la localización y excavación de la ciudad de Tartessos, llegar a definir arqueológicamente la cultura tartésica, precisamente cuando los hallazgos fenicios comenzaban a producirse a un ritmo acelerado.

De esta forma, se prodigaron los sondeos y cortes estratigráficos a fin de obtener secuencias cronológicas más seguras y se realizaron algunas excavaciones que despertaron gran interés debido a las expectativas que suscitaron, como El Carambolo en Sevilla, asociado al famoso tesoro, o a los resultados obtenidos, caso de La Joya en la ciudad de Huelva. El contexto arqueológico *orientalizante* así definido estaba formado por diversos tipos de objetos —cerámicas, bronces, joyas, marfiles— encontrados unos en las nuevas excavaciones realizadas, reestudiados otros que ya eran conocidos de excavaciones antiguas, o fruto del hallazgo más o menos casual los terceros. Desde esta perspectiva, Tartessos y su cultura aparecían cada vez más vinculados a la colonización fenicia en la Península, cuyas pruebas arqueológicas se multiplicaban con el descubrimiento de numerosos asentamientos en las costas mediterráneas, y cuya



presencia apenas se había llegado a sospechar años atrás.

De esta forma, del floreciente reino filohelénico que habían imaginado Schulten y algunos investigadores posteriores, se pasó a concebir Tartessos como resultado de la presencia de una fuerte influencia cultural de origen fenicio sobre las poblaciones del sur peninsular. Prácticamente todo lo que significara algún progreso respecto a los períodos anteriores de la Edad del Bronce —el torno, la escritura, la metalurgia del hierro, la vida en ciudades, la vid y el olivo, las artesanías— habría sido traído por los fenicios desde el otro extremo del Mediterráneo. Tal interpretación acabó por suscitar dos tipos distintos de reacciones. Por un lado, algunos investigadores intentaron resucitar la vieja idea de un protagonismo griego en la formación de Tartessos, en detrimento, claro está, del elemento fenicio. Otros, por el contrario, comenzaron a minimizar, sin negarlas, las aportaciones externas, buscando las razones de la aparición de Tartessos en la propia dinámica local de las poblaciones de finales de la Edad del Bronce, tarea nada sencilla ante la escasez, en muchos casos, de información arqueológica sobre los momentos más antiguos.

En los últimos años se ha producido un lento progreso, como ocurre siempre en arqueología si no hay de por medio un descubrimiento sensacional, debido a la reexcavación de algunos yacimientos conocidos de tiempo atrás y estudiados con nuevos métodos, a algunos hallazgos realizados y a una relectura crítica de los textos antiguos, todo lo cual ha permitido delimitar mejor los objetivos centrales de la investigación. Recientemente, una nueva y entusiasta generación de jóvenes arqueólogos, pertrechados con técnicas, métodos y planteamientos procedentes de lo más avanzado de la arqueología europea y americana, comparte la investigación con aquellos que llevan muchos años en la tarea, aportando ideas, críticas y discusiones en un proceso de renovación que puede aportar resultados muy interesantes.

El Bronce Final

Los vestigios de los asentamientos más antiguos ocupados por las gentes

Astarté de bronce procedente de El Carambolo, izquierda (Museo Arqueológico, Sevilla) y casco griego hallado en Huelva, traído a la Península por comerciante foceos, abajo



de Tartessos en el sur de la Península se remontan a finales de la Edad del Bronce. Se trata de poblados más que de villas o ciudades, ya que se hallan compuestos por cabañas de planta oval o circular, excavadas en el suelo a poca profundidad, con paredes y techumbres construidas con entramado vegetal cubierto de barro, y dispuestas sin una organización clara del espacio, y sin una distinción de áreas por actividades, al menos en lo que las excavaciones dejan conocer. Algunos de estos poblados son muy antiguos y, como Setefilla (Lora del Río, Sevilla), Carmona (Los Alcores, Sevilla), Montemolín (Marchena, Sevilla), El Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz), el Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba) y la Colina de los Quemados (Córdoba), se sitúan en lugares estratégicos que dominan los caminos y los recursos agrícolas de la zona, remontándose hasta mediados de la Edad del Bronce o a comienzos del Bronce Final.

Otros, sin embargo, surgen en un momento posterior, hacia la mitad del siglo IX a.C., como los que ocupan los cabezos de Huelva y El Carambolo, Cerro Macareno y Valencina de la Concepción, los tres en la provincia de Sevilla. Algo después, desde comienzos del siglo VIII a.C., surgen otros asentamientos más directamente relacionados con los trabajos mineros y metalúrgicos. Algunos están situados en la ruta que conducía desde las minas de Huelva (Río Tinto, Aznalcóllar) al Bajo Guadalquivir, como San Bartolomé de Almonte o Tejada la Vieja (Escacena,

Huelva). Otros, junto a las minas de Río Tinto, como Cerro Salomón o Quebrantahuesos.

También aparecen poblados con otras localizaciones, junto a la Gadir fenicia, como Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz) y en lugares más alejados y estratégicos de cara al acceso de territorios muy al interior, como Medellín (Badajoz). Al mismo tiempo que surgen estos nuevos poblados, aumenta el tamaño de los anteriores y la forma en que todos se disponen sugiere una organización territorial jerarquizada, en los que los centros más recientes y pequeños se sitúan en torno a los más antiguos, algunos de los cuales, como Carmona, se dotan de poderosas murallas. Características de todos ellos son las cerámicas, cuencos, urnas y vasos con decoración bruñida o, en menor medida, pintada geométrica.

Desgraciadamente, no se conocen las necrópolis de esta época correspondientes a todos estos lugares, por lo que se nos escapa una gran cantidad de valiosa información arqueológica. Curiosamente, los objetos que componen el restante registro arqueológico de este período se encuentran descontextualizados o su contexto es muy difícil de establecer. Tales son, en primer lugar, una serie de estelas labradas en piedra con toscos grabados que representan, de forma muy esquematizada, lo que parecen ser guerreros rodeados de su panoplia —escudos redondos, hachas, lanzas y largas espadas de tipo *atlántico*— y otros objetos como liras, peines, espejos de bronce y carros de parada. Estos monumentos se difunden por el sur de la Península, con una mayor concentración en la zona extremeña, apareciendo algunos ejemplares aislados mucho más al norte, sobre el curso del Tajo y también en lugares como Coca (Segovia) y Zaragoza.

Se les atribuye una función funeraria, en relación con los enterramientos de inhumación en cista de la Edad del Bronce, pero lo cierto es que ninguna ha aparecido hasta el momento vinculada a tal tipo de sepulcro, quizá como consecuencia de haber sido removidas de su situación originaria, y tan sólo tres han aparecido en las proximidades de alguna otra clase de tumba. Algunos investigadores consideran que pudieron haber servido como mojones, indicadores de territorios y caminos, mediante la formalización de un lenguaje simbólico común, una especie de preescritura o de escritura pictográfica muy simple, lo que sin duda constituye una hipótesis muy sugestiva que tiene, no obstante, en su contra la escasa altura de las estelas, lo que hace muy difícil que pudieran ser avistadas si no era desde muy cerca. Por último, hay quien ha querido ver en ellas la huella de la presencia de gentes célticas en Tartessos, guerreros de fortuna o mercenarios que podrían haber sido utilizados por las poblaciones del Mediodía peninsular para la defensa de los cotos mineros.


Cierva tartésica de bronce, de finales del siglo VII o comienzos del VI a. C. (Museo Británico, Londres)

Los hallazgos de depósitos de armas y otros utensilios de bronce, como el famoso de la ría de Huelva, encontrado en 1923 al dragar el puerto, corresponden también a este período. Aparte de algunas espadas aisladas descubiertas en grietas de las rocas, los conjuntos de armas suelen aparecer bajo las aguas de un vado de un río, en un lugar de confluencia entre un río y su afluente o en una zona de estuario. Además de las espadas largas de tipo *atlántico*, están presentes en estos hallazgos las más cortas de tipo *mediterráneo* y probable factura local, así como las puntas de lanza, puntas de flecha, puñales y algún que otro objeto personal, como las fíbulas.

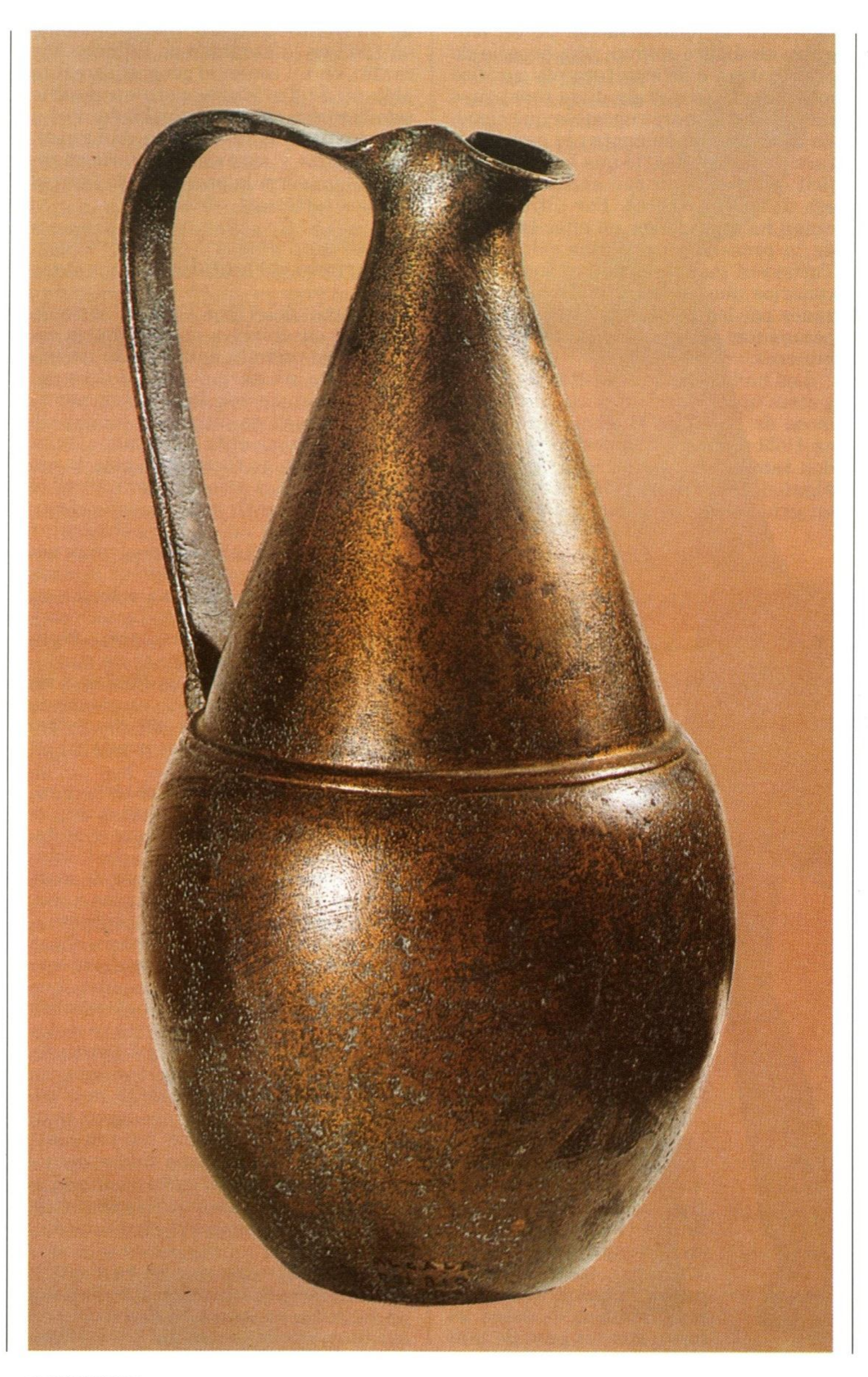
No menos importantes son los descubrimientos de tesoros, compuestos en su mayoría por piedras de oro —brazaletes, torques, diademas, cuencos y jarros— asociados frecuentemente con los cruces de caminos o el paso por una zona montañosa. Hallazgos de este tipo se han efectuado en Sintra (Portugal), Sagrajas (Badajoz) y Berzocana (Cáceres), entre otros lugares. Paradójicamente el más fabuloso de estos tesoros, con un peso de más de nueve kilos de oro, fue encontrado en 1963 en la localidad de Villena (Alicante), en un contexto geográficamente alejado de Tartessos, pero en posible relación con el cercano poblado de La Peña Negra (Crevillente, Alicante), descubierto y excavado posteriormente, que muestra la presencia de fuertes influjos tartésicos y fenicios.

El período «orientalizante»

A partir del 775 a.C., una serie de cambios observables en el registro arqueológico permite hablar de la transición hacia un período *orientalizante*, en consonancia con la difusión por el Mediterráneo de objetos y modas de procedencia oriental, protagonizada primero por los fenicios y más tarde también por los griegos. Será entre el 700 y el 550 a.C. cuando este efecto orientalizante en el sur peninsular produzca sus manifestaciones más notorias. Las cerámicas fenicias y otras importaciones comienzan a hacer su aparición en los poblados tartésicos y en las necrópolis de esta época. Algunos objetos, como los peines de marfil, los espejos de bronce, las fíbulas o los carros, son el equivalente, en piezas de ajuar funerario, de las anteriores representaciones de objetos similares en las estelas.

Otras, como los jarros, páteras y estatuillas de bronce, las cajas o arquetas de marfil, las joyas de oro y plata, los objetos de vidrio tallado, los cuchillos de hierro con empuñadura de marfil, o los recipientes de cerámica o alabastro para perfumes, esencias, bálsamos y cosméticos, aparecen ahora por primera vez y se concentran, con los anteriores, en algunas tumbas que por su tamaño y contenido alcanzarán a lo largo del siglo VII a.C. un carácter principesco. Junto a estas importaciones de lujo encontramos también en los poblados tartésicos otras más comunes y que sin duda obedecen también a la presencia de los fenicios, como son las ánforas que debían contener vino y aceite, así como telas, collares y otros abalorios, cuentas de vidrio, amuletos de estilo egiptizante, etcétera.

Los cambios observables en el registro arqueológico durante este período no se reducen sólo a la aparición de objetos y artefactos traídos por los feni-





Izquierda, jarra tartésica de bronce procedente de Alcalá del Río. Arriba, el llamado *bronce Carriazo*, que representa a una divinidad equiparable a Astarté (ambas piezas, en el Museo de Sevilla)

cios. En los mismos poblados se pueden contrastar modificaciones importantes en la técnica de construcción de las casas, ahora de planta cuadrada o rectangular, con muros enlucidos de mampuestos y tapial que se alzan sobre cimientos y zócalos de piedra. En ocasiones el suelo aparece cubierto con un pavimento de guijarros formando mosaicos. Desconocemos, debido a las todavía pequeñas superficies excavadas, si estos cambios se corresponden con una nueva distribución del espacio en los asentamientos según una especialización de tareas y funciones, aunque en algunos lugares como Tejada la Vieja y la propia Huelva parece que así es. En otros, en cambio, como en Cerro Salomón, los vestigios de las actividades minerometalúrgicas —martillos de granito, yunques de piedra, escorias, crisoles y toberas— se localizan en el interior mismo de las viviendas, sin que se aprecie una diferenciación funcional por zonas en el área del poblado.

Algunos de estos poblados, en especial los que ocupan posiciones estratégicas de control del territorio, como la Mesa de Setefilla (Sevilla) o en las rutas que conducían desde los centros mineros a los puertos de la costa, como Tejada la Vieja (Huelva), se fortifican por aquel entonces. En esta última localidad se construyó durante el siglo VII a.C. una importante muralla de más de un kilómetro y medio de longitud, en forma de talud y reforzada por torres semicirculares. En algunas zonas de Sevilla y Córdoba los vestigios de nuevos hábitats parecen guardar relación con una explotación agrícola de la campiña.

Bastante avanzado el período, casi ya al final del mismo, se construyeron grandes edificios en algunos lugares que, por su ubicación, presentan una disposición periférica en relación al Bajo Guadalquivir y la zona de Huelva, donde se ha concentrado la mayor parte de los hallazgos. En Cástulo (Linares, Jaén) un pequeño santuario del siglo VI, muy parecido a estructuras similares descubiertas en Chipre, estaba, según parece, relacionado de alguna forma con la actividad metalúrgica. Asimismo, el palacio/santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) también presenta en su construcción huellas de una evidente influencia oriental, pero difiere del santuario de Cástulo en que no se encuentra próximo a ningún poblado de la época que conozcamos arqueológicamente, lo que hace más difícil su interpretación. Ningún otro edificio público o de prestigio de este período se conoce en parte alguna.



Detalle de la parte superior de una jarra tartésica de bronce, hallada cerca de Mérida, siglo VII a. C. (Colección Calzadilla, Badajoz)

Como centros de actividades especializadas, la presencia de edificios públicos, sedes por otra parte del poder económico y político, suele ir asociada a la de la escritura. Los restos más antiguos de una escritura en Tartessos coresponden precisamente a este período. Se trata de una escritura de aspecto geométrico y de posible procedencia fenicia, que se utilizó fundamentalmente para escribir fórmulas estereotipadas sobre un tipo de estelas, al parecer funerarias, que se consideran posteriores a las estelas decoradas del Bronce Final, así como algunos grafitos muy simples, tal vez marcas de propiedad, sobre recipientes cerámicos.

Las necrópolis, por su parte, se caracterizan por la diversidad, casi mezcolanza, de ritos y estructuras funerarias. Inhumación e incineración aparecen como prácticas realizadas dentro de una misma tumba y otras veces comparten el mismo recinto funerario, en tumbas de cámara cubiertas por un túmulo, en fosas alargadas y poco profundas, o en simples oquedades practicadas en el suelo. Toda esta variedad puede estar reflejando simultáneamente la presencia de influencias externas, la coexistencia en un mismo lugar de poblaciones diversas y los cambios culturales y sociales que se produjeron durante este período.

Algunas tumbas, como en La Joya (Huelva), El Acebuchal (Sevilla) o en Cástulo, contenían restos de un ajuar muy rico cuando fueron excavadas. En otras ocasiones, la construcción de grandes estructuras funerarias —túmulo y cámara—, que albergaban también ricos ajuares, fue realizada sobre los restos de enterramientos anteriores mucho más modestos que resultaron destruidos, como en Setefilla. Ello parece describir un proceso de enriquecimiento y encumbramiento social de ciertos grupos de la población. Estos túmulos principescos, en los que se entierran uno o a lo sumo dos individuos, con sus joyas, marfiles y un carro de parada, contrastan con otros más antiguos sin cámara interior y de tipo colectivo, como los de la necrópolis de Las Cumbres (El Puerto de Santa María, Cádiz) que albergaban enterramientos más modestos en cista o en fosa, sin apenas diferencias de tamaño y de ajuar entre ellos, y con una disposición en grupos que sugiere su carácter familiar.

Grandes tumbas sin cámara funeraria interior se han encontrado también en Alcantarilla (Murcia) y en Cañada de Ruiz Sánchez (Carmona, Sevilla). Al margen de las diferencias en el tamaño, la forma y la altura de los túmulos, la presencia o no de cámaras funerarias y de los ricos ajuares, la cultura material tal y como se observa, por ejemplo, en las cerámicas, es la misma antes y en el momento de la construcción de las tumbas principescas. Por ello, no se pueden atribuir a un grupo foráneo y parecen deberse, más bien, a la aparición entre la población de personajes ricos y poderosos.

Las cerámicas locales comienzan a fabricarse a torno en este período y también se imitan formas y modelos característicos del repertorio de las cerámicas fenicias. Sin embargo esta imitación no es generalizada. Se copian sobre todo los cuencos, vasos y ollas, vajilla de mesa y de cocina, mientras se ignoran aquellas otras piezas, como los pequeños recipientes de ungüentos y perfumes, propias de un uso más especializado. Parece que también se llegaron a fabricar localmente algunos objetos típicos del repertorio orientalizante, como los jarros o los timiaterios de bronce, joyas y algunos objetos de marfil. Sin embargo, los arqueólogos mantienen dudas, por lo que la polémica subsiste, sobre si fueron realizados por artistas y artesanos tartésicos que habían aprendido las técnicas y se inspiraban en los modelos orientales, o por fenicios que vivían en las colonias de la costa, e incluso, entre la misma población de Tartessos.

De entre los descubrimientos más espectaculares pertenecientes a este período, además de la necrópolis de La Joya y del palacio/santuario de Cancho Roano, figuran dos importantes tesoros orientalizantes, muy diferentes en contenido y estilo de los del Bronce Final. El primero de ellos fue descubierto a comienzos de los años veinte en La Aliseda (Cáceres), pero hasta hace pocos años no ha sido objeto de una valoración adecuada. Se trata de joyas femeninas de oro —anillos, brazaletes, pendientes, collar, diadema y cinturón— de complicada manufactura fenicia realizada en la Península o importadas de Oriente, como la botella de vidrio que, con un cuenco de oro, un par de vasos y una fuente de plata y

un espejo de bronce, completaban el hallazgo, relacionado con una tumba de cámara cubierta por un túmulo.

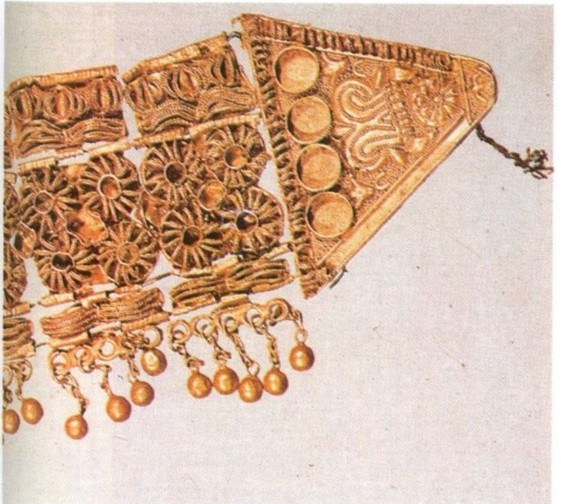
Estas joyas orientalizantes son ligeras y complicadas y están realizadas en pequeñas láminas con técnicas como el granulado, la filigrana y las soldaduras de oro. Tesoros más pequeños de este tipo se han encontrado en Cortijo de Ebora (Cádiz), Serradilla (Cáceres) y Baiao (Portugal). El tesoro de El Carambolo (Sevilla), el segundo en importancia de esta época, contenía por el contrario piezas de oro más pesadas, propias de un personaje masculino, —pectorales, brazaletes, diadema, cinturón y collar— y fue hallado asociado a las estructuras de un poblado, cuya excavación, dada la envergadura del descubrimiento, defraudó sin embargo las expectativas iniciales. Ningún gran centro tartésico fue descubierto allí, como al principio se esperaba, sino tan sólo un asentamiento similar a otros tantos conocidos.

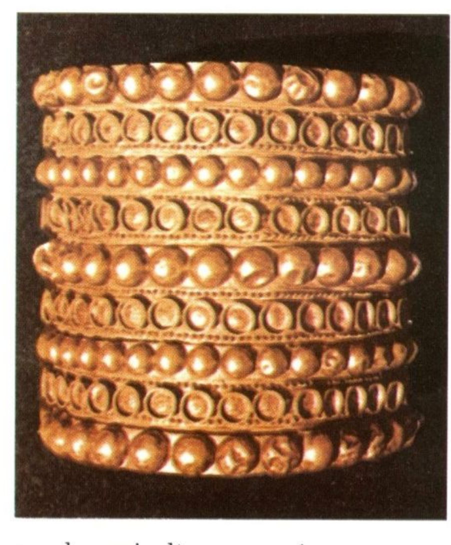
Hacia mediados del siglo VI a.C., o más concretamente entre el 575 y el 540 se produce la llegada a la zona de Huelva de cerámicas de importación de origen griego oriental, en especial copas jonias así como aríbalos y píxides que contenían perfumes y otros vasos más elaborados, entre los que destaca un par de fragmentos atribuidos al taller de Clitias. Ya antes habían aparecido algunas piezas de origen rodio, samio o eolio. No faltan ahora las ánforas procedentes de Quíos, Corinto, Samos, o la misma Atenas, contenedoras seguramente de aceites y vinos de calidad. Todas estas piezas griegas, con un total de unos dos mil fragmentos hallados, apenas suponen, sin embargo, un 3 por 100 del total de la cerámica encontrada, tanto importada como de fábrica local, por lo que su presencia sugiere un comercio restringido a grupos y sectores sociales muy específicos y reducidos y confirma las noticias de Heródoto a tal respecto.

Una aproximación a la historia de Tartessos

Cuando intentamos interpretar toda esta documentación arqueológica y las noticias transmitidas desde la Antigüedad surgen algunos problemas. Carecemos de una secuencia mínima fiable de acontecimientos y una aproximación desde la historia social sólo puede realizarse a grandes rasgos. Si Tartessos, además de un emporio fue una ciudad, como leemos en los textos antiguos, situada más allá de las Columnas de Hércules, todos los datos parecen indicar a Huelva, en el estuario del Tinto-Odiel, como la candidata más idónea, no sólo por la potencia de su producción orientalizante, como se percibe en la necrópolis de La Joya, y el tamaño que llegó alcanzar la ciudad, sino porque el paisaje circundante coincide notablemente con el descrito en tales textos.







Arriba, zarcillo de oro decorado con flores de loto y palmitos, procedente del tesoro de La Aliseda, Cáceres, siglo VII a. C. Brazalete de oro del tesoro de El Carambolo (Camas, Sevilla)

Ello nos lleva a plantear la cuestión de la formación de las ciudades tartésicas, en Huelva y otros lugares, así como el papel que la presencia colonial —fenicia y en menor medida griega— detectada jugó en aquel proceso. Durante bastante tiempo se ha considerado a Tartessos el resultado de la llegada a nuestras costas de pueblos mediterráneos. Schulten ya pensaba en unos orígenes debidos a gentes relacionadas con los *Pueblos del Mar,* hipótesis que, de forma matizada, ha sido reivindicada en los últimos años por algunos investigadores. Desde los descubrimientos, iniciados a mediados de los años sesenta, de los asentamientos fenicios en el litoral mediterráneo, se ha impuesto, sin embargo, la idea de un protagonismo fenicio. Se concibe Tartessos como resultado de los cambios culturales y sociales provocados por la presencia de los colonizadores y comerciantes fenicios.

Pese a ser la más extendida, esta explicación no deja de tener sus puntos débiles. Otorga a las gentes del sur peninsular un papel meramente pasivo en la conformación del mundo tartésico, pero éste no es su principal defecto. Asume, sin más, que el comercio es el causante de las transformaciones culturales y sociales observadas durante el *orientalizante,* lo que no está en modo alguno probado, y da a éstas un alcance y una intensidad que no se corresponde muchas veces con los resultados de la propia investigación arqueológica sobre la que pretende apoyarse. Ciertamente se produjeron cambios en Tartessos durante los siglos VIII, VII y VI a.C., pero parece que afectaron, sobre todo, a la forma de vivir de pequeños grupos sociales que son los mismos en los que se concentró la riqueza.

Las poblaciones que habitaban el sur de la Península durante el final de la Edad del Bronce practicaban una economía básicamente ganadera, en la que la agricultura parecía ocupar un papel secundario, y estaban organizadas en grupos familiares que a su vez se articulaban en grupos de parentesco más amplio, como linajes y clanes. Podemos estar bastante seguros de esto a partir de lo observado en sitios como Las Cumbres. Se trataba de una sociedad de la que sus vestigios arqueológicos no permiten atisbar importantes diferencias sociales ni una especialización acusada en actividades de gobierno o de tipo económico.

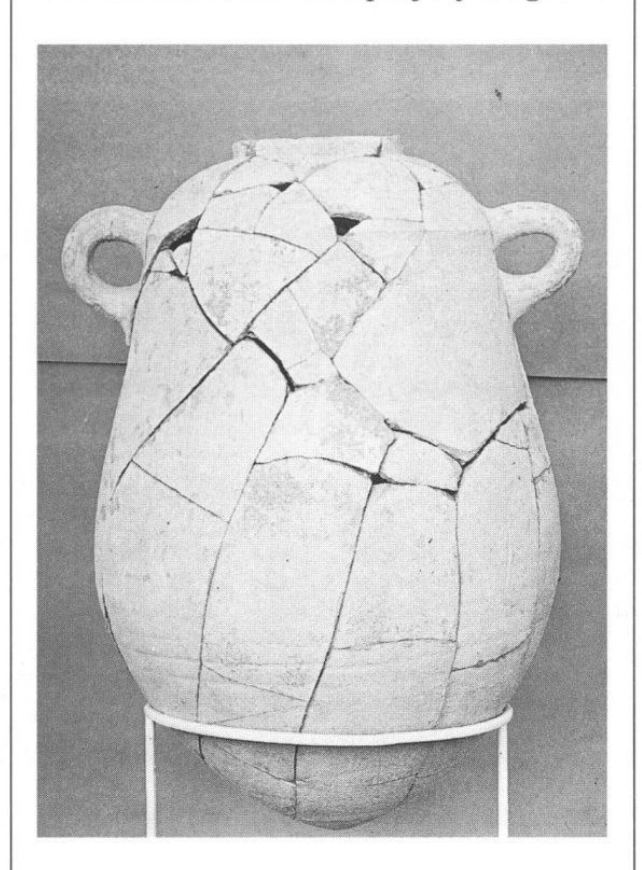
La metalurgia del bronce, del oro y de la plata producía exclusivamente objetos ornamentales y armas. Los utensilios y herramientas corrientes se fabricaban de piedra, hueso o madera. Las cerámicas, algunas de gran cali-

dad, estaban hechas a mano, y los poblados en los que se detecta la existencia del trabajo metalúrgico tenían un carácter estacional que permitía compaginarlo con el cuidado del ganado y el trabajo de la tierra. Se trata, en definitiva, de una sociedad ganadera propia de la Edad del Bronce, similar a las que en otros lugares de Europa y el Mediterráneo precedieron a la formación de civilizaciones más complejas.

Desde principios del siglo VIII a.C. —aunque algunos datos sugieren más bien mediados del siglo IX— la presencia de los fenicios en la costa comenzó a manifestarse también entre las poblaciones tartésicas. Mediante el intercambio de regalos y la sacralidad proporcionada por el templo de Melkart en Gadir, que había sido fundada un poco antes, los mercaderes y colonos fenicios se granjearon la confianza de los dirigentes locales. El carácter pacífico de la presencia fenicia ayudó mucho en este sentido. La coexistencia y la amistad entre ambos grupos culturales, que se observa en la presencia de fenicios en Huelva, como los que construyeron el muro de refuerzo del Cabezo de San Pedro, o en las tumbas fenicias de la necrópolis de Las Cumbres, se nutrieron de pactos y alianzas que se sellaban, como era costumbre, con matrimonios mixtos.

El prestigio que tales uniones proporcionaban a los dirigentes locales comenzó a encumbrarles. Además, a cambio de moderadas cantidades de plata y cobre, conseguían toda una serie de objetos exóticos, que figuran representados en las estelas, lo que les permitía una ostentación propia de un rango superior a la de los restantes miembros de su comunidad. Estos bienes de prestigio, muy valiosos y escasos, eran utilizados para la concertación de nuevas uniones y alianzas, con las que se asentaba una jerarquía y una posición social emergentes. De esta manera se fueron consolidando unas elites incipientes que se hallaban muy interesadas en mantener relaciones cordiales con los fenicios.

Superada esta etapa inicial de los contactos, los fenicios, por su buena acogida entre las gentes de Tartessos, se hallaban en condiciones de incrementar la demanda de los metales —plata, oro, cobre— que les interesaban, proporcionando a cambio un mayor número de mercancías, unas traídas directamente desde Oriente, otras producidas en sus factorías del litoral. La perspectiva debió satisfacer sin duda a las elites tartésicas que se toparon, sin embargo, con algunos problemas técnicos y de movilización de fuerza de trabajo. Las dificultades de tipo técnico, que no eran las más importantes, fueron resueltas gracias a alguna aportación por parte de los fenicios, aunque limitada, ya que se procuraba siempre excavar los filones más superficiales. El método empleado para la obtención de la plata por medio de fusión y copelación, que requería temperaturas de 1.000-1.200 grados, era sumamente complejo y sugiere



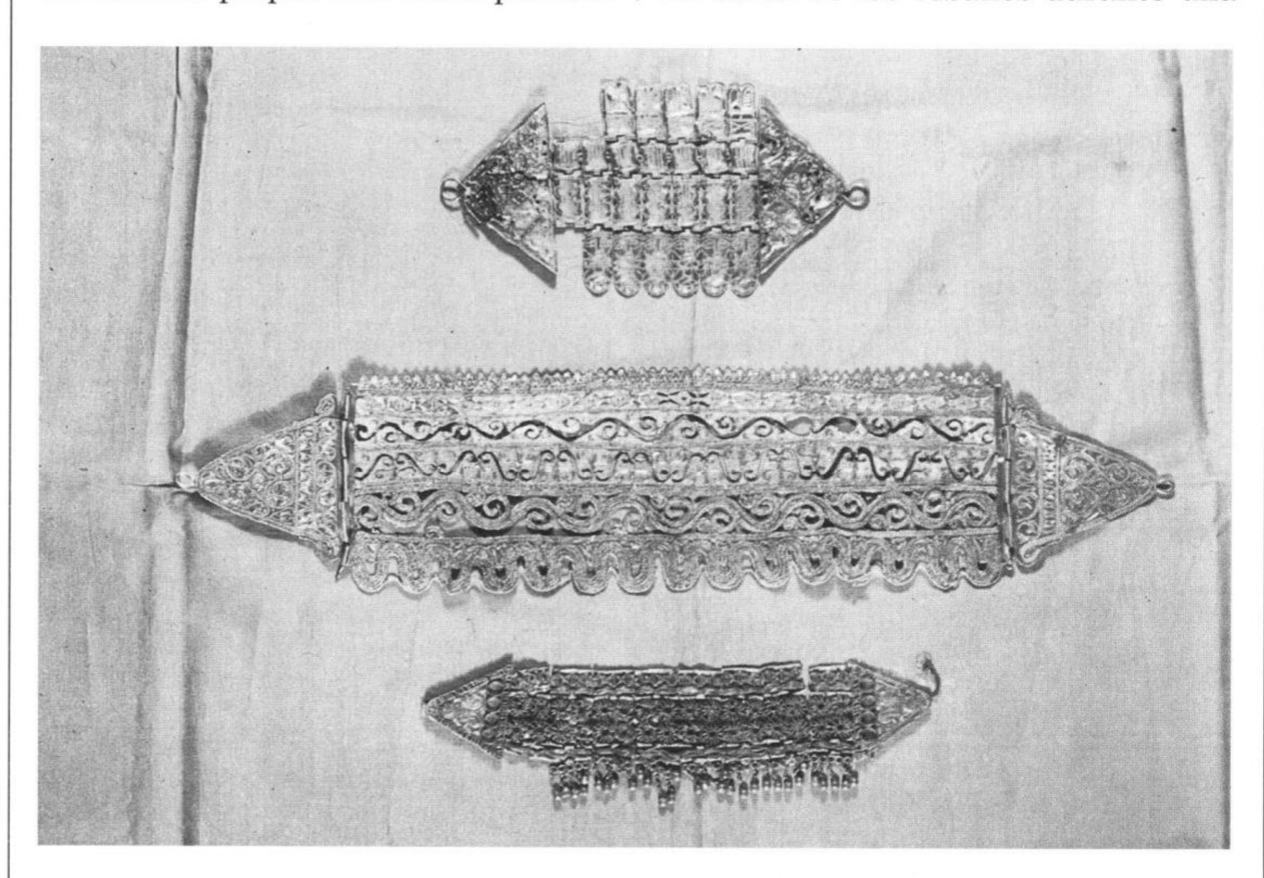
también influencias fenicias, aunque no están comprobadas.

La movilización de la gente necesaria para trabajar en las minas y en la metalurgia fue resuelta por las elites tartésicas, en parte utilizando gentes desplazadas procedentes de la Meseta, cuyas peculiares cerámicas encontramos en sitios como Cerro Salomón, en las minas de Río Tinto, y en parte recurriendo a la población local. No sabemos qué procedimientos se usaron. Algún investigador prestigioso ha sugerido recientemente que la presencia de gentes de la Meseta en Tartessos no debe entenderse sólo como tra-

bajadores de las minas, sino también, y sobre todo, como grupos armados que fueron empleados para defender las zonas mineras y los centros metalúrgicos de la codicia de gentes de otras regiones.

Algunos de estos grupos, utilizados tal vez para obligar a trabajar como mineros a parte de la población local, podían haber escalado una posición social preeminente, imponiéndose por la fuerza. De hecho, el nombre de Argantonio parece indoeuropeo, pero este es un indicio poco fiable, pues se trata más de un apelativo dado por los griegos a un gobernante del lugar que de un nombre propio. Dos cosas parecen ciertas: la índole familiar del trabajo realizado en centros minero-metalúrgicos como Cerro Salomón y el carácter poco guerrero de las gentes de Tartessos, como se deduce de la ausencia de armas en tumbas y poblados.

La población local necesaria para trabajar en las minas pudo haber sido movilizada, sin recurrir necesariamente a la coerción o a la violencia, mediante presión social. En una sociedad como aquella, en la que el parentesco constituía aún el principal elemento en torno al que giraban las relaciones entre individuos, deber un favor o haber recibido una esposa situaba a las personas en una posición de obligación, que se incrementaba si el *acreedor* pertenecía a un grupo social distinguido. Un procedimiento tan sencillo como éste pudo bastar, junto a la expectativa de conseguir alguno de los artículos que proporcionaban los fenicios, para que parte de la población trabajara en las minas y en la metalurgia, aprovechando la facilidad de las poblaciones ganaderas para disponer de gente que no cuida de los rebaños durante una parte del año. De este modo, las elites incipientes consiguieron apropiarse, en forma del trabajo realizado en las minas, de una parte del excedente y convertirlo en riqueza.



Anfora procedente de El Carambolo, izquierda. Tres diademas de oro pertenecientes al tesoro de El cortijo de Ebora, Cádiz, arriba

Esta es precisamente la imagen que describe Heródoto cuando afirma que Argantonio gobernó *a la manera de un tirano* en Tartessos, lo que para un griego de su época sólo podía significar una cosa: un poder que se obtiene a partir de la riqueza proporcionada por el comercio, como sucedía con los tiranos griegos. De acuerdo con esta interpretación, la *realeza* que representa Argantonio no es tal, al menos en el



sentido tradicional de las monarquías mediterráneas, y la legitimación de su poder no reside en su sacralidad, ni en la transmisión dinástica, aunque es posible que una estirpe con ese nombre haya existido en Tartessos. El poder de estos *reyes* provenía de su riqueza, la misma que observamos en las tumbas principescas de La Joya y otros lugares, y los intentos de una legitimación religiosa parecen haber sido posteriores y un tanto periféricos, como sugieren la presencia del monumento funerario de Pozo Moro (Albacete) o el mismo palacio/santuario de Cancho Roano.

Que se trataba de un poder que se encontraba en su fase de formación parece poder deducirse de la presencia de gentes que fueron enterradas en las necrópolis tartésicas después de haber sufrido una muerte violenta, tal vez sacrificados a la manera de los sirvientes de los jefes escitas —enterrados también con una profusión de riquezas bajo túmulos principescos— o de los cortesanos de los reyes de Ur y de algunos de los primeros faraones egipcios, según una práctica que permite estabilizar el poder en las sociedades arcaicas, ya que nadie matará al dirigente si su destino es acompañarle en la tumba.

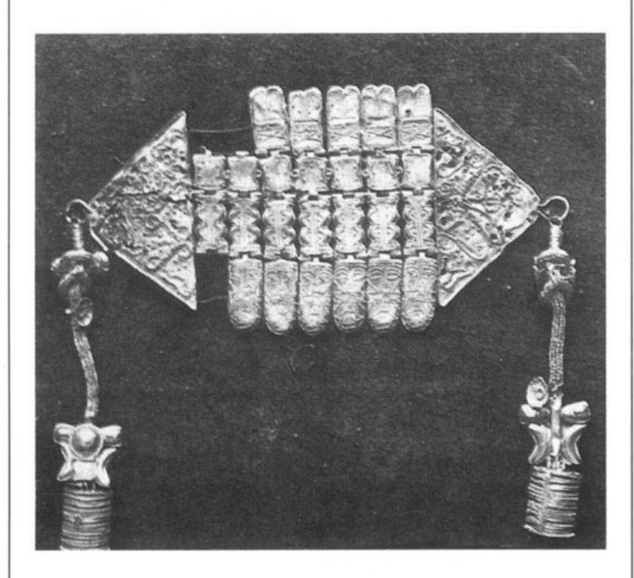
Poco más sabemos sobre estas elites tartésicas y sus reyes. La transmisión hereditaria de su autoridad parece reposar en algunos indicios, como son la interpretación de la longevidad de Argantonio en términos de una familia de dinastas, o el enterramiento de la tumba de la Casa del Carpio (Belvís de la Jara, Toledo) en el que una mujer joven y un niño, presumiblemente su hijo, fueron sepultados con un ajuar orientalizante de cierta riqueza. Ya que los arqueólogos consideran una tumba infantil rica como el signo de una posición social preeminente que se transmite por herencia, permite pensar en la existencia de grupos de carácter aristocrático. Si esto ocurría en la periferia de Tartessos en un momento tardío es posible sospechar, aunque no haya prueba alguna al respecto, una situación similar y anterior en el Bajo Guadalquivir y Huelva. Parece que se produjo un aumento de la población o una reorganización de la misma, que se concentró en los centros más grandes, adquiriendo algunos características casi urbanas, mientras que se colonizaban nuevas tierras agrícolas. La mayor parte de las herramientas siguió fabricándose, sin embargo, con los materiales tradicionales: piedra, hueso y madera.

El estilo de vida de aquellas elites tartésicas, caracterizado por la osten-



Tres piezas articuladas de una diadema de oro hallada en el tesoro de Cortijo de Ebora, página izquierda. Collar de oro, con restos de esmalte, procedente del tesoro de El Carambolo, siglo XII-VI a. C. Se trata, quizás, de la pieza más refinada de este conjunto, con colgantes en forma de sellos, arriba

tación de la parafernalia orientalizante —joyas, vestidos, perfumes— y la acumulación de la riqueza proporcionada por el comercio, se difundió por todo el sur peninsular, junto con algunos elementos más comunes de la cultura material, como las técnicas de construcción de viviendas y las cerámicas, alcanzando incluso las costas de Levante. No parece, sin embargo, a la vista de los resultados arqueológicos, que haya existido un gran reino tartésico que controlara bajo una dirección política única todos estos territorios. Más bien habría que pensar en una expansión económica, en la que los propios fenicios estarían involucrados, con el objetivo de ampliar el horizonte de las transacciones comerciales, haciendo intervenir cada vez a un mayor número de participantes, estrategia muy típica del comercio desarrollado en aquellas condiciones.



Reconstrucción ideal de la diadema del tesoro del Cortijo de Ebora

De este modo se explicaría la presencia de influencias tartésicas y orientalizantes en Extremadura (Cancho Roano, Medellín, etc.) y, más al norte, en la zona del Tajo, como en la mencionada tumba de la Casa del Carpio o en Arroyo Manzanas (Las Herencias, Toledo), influencias que llegan hasta Levante, donde están presentes en sitios como Los Saladares (Orihuela, Alicante), Vinarragel (Castellón de la Plana), y en La Peña Negra (Crevillente, Alicante), tal vez la antigua Herna, donde confluyen un lugar de artesanos fenicios y la cercana colonia fenicia de Guardamar, junto a la desembocadura del Segura.

El carácter pacífico de la colonización y de la presencia fenicias en Tartessos (Huelva, Tejada, Carmona, etc.) tenía, no obstante, su reverso. Se trataba, en esencia, de un intercambio desigual, por el que los fenicios obtenían grandes cantidades de metales a cambio de un volumen relativamente modesto de manufacturas. Tal tipo de intercambio encubría una sobreexplotación del trabajo, generada por la transferencia de riqueza entre sectores económicos, el fenicio colonial y el tartésico, que funcionaban sobre la base de relaciones de producción diferentes.

El modo de producción de las comunidades tartésicas, simple y poco especializado, quedó dominado por el modo de producción, complejo y especializado de los colonizadores y comerciantes fenicios, y sometido a un proceso de transformación en el que por una parte los fenicios estaban interesados en conservarlo tal cual, a fin de utilizarlo para satisfacer su demanda de metales, ya que los fenicios no trabajan ellos mismos en las minas; por otra, terminaron modificándolo, ya que le privaron, por medio del comercio y la explotación del trabajo minero, de los medios que tradicionalmente aseguraban su continuidad, al alterar sus estructuras económicas y sociales.

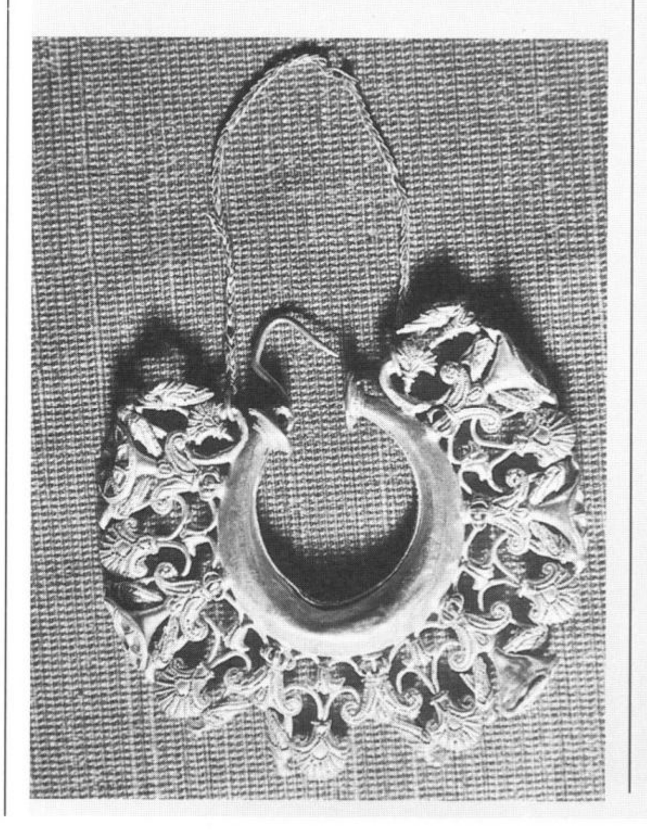
El final de Tartessos, que fue concebido en su momento como una destrucción violenta a manos de sus más poderosos adversarios, los cartagineses, se contempla hoy, a falta de otras pruebas arqueológicas, como un fenómeno básicamente interno, caracterizado por la reducción del hábitat, como se observa en la misma Huelva y en otros lugares, el abandono o el decrecimiento del trabajo en las minas, consecuencia quizá del agotamiento de los filones más superficiales, y la desaparición de las manifestaciones del lujo orientalizante. Tartessos sucumbió víctima de una crisis compleja que afectó, sobre todo, a las elites locales, y que fue provocada en gran medida por la excesiva dependencia de su economía del sector minero-metalúrgico, que dependía a su vez, económica y tecnológicamente, de la presencia colonial fenicia. Desde entonces, siglo V a.C., su recuerdo se fue borrando hasta quedar definitivamente convertido en leyenda.

Los Tesoros

Las magníficas joyas de oro halladas en yacimientos tartésicos tienen el múltiple interés de revelar el gusto por los productos refinados en una sociedad desarrollada y jerarquizada, en la que algunos de sus miembros buscaban poseer signos claros de opulencia; de evidenciar la consolidación de la tendencia a la tesaurización brotada en la Edad del Bronce, que tiene en la época orientalizante otras manifestaciones deslumbrantes, con el ejemplo particularmente notable de Etruria; de poner de relieve la altura técnica a la que se llegó entonces en busca de los objetos más preciosos.

Sorprenderá que el tesoro más rico en joyas de oro se haya encontrado en La Aliseda, Cáceres, como parte del ajuar de una tumba principal casualmente destruida. Su desusada riqueza queda patente con sólo comprobar que el juego ritual del jarro y la pátera son aquí, el primero, un caro y raro jarrito de vidrio tallado, con decoración grabada de signos jeroglíficos y cartuchos egipcios, en uno de los cuales se lee el nombre de la diosa Isis; la segunda, es un braserillo de plata. Las joyas de oro constituyen un precioso conjunto, finamente decorado con filigrana y granulado. Además de sellos de escarabeo, numerosos colgantes y piezas de collar, con formas muy propias de la joyería de produccion fenicia, destacan en el conjunto la diadema, las arracadas, los brazaletes y el cinturón.

Pendiente del tesoro de La Aliseda, Cáceres (Museo Arqueológico Nacional, Madrid)



La diadema responde a un prototipo que hará fortuna en la España antigua; consiste en una cinta ancha, de plaquitas articuladas, con un fleco por debajo de cadenillas terminadas en esférulas, y rematada en ambos extremos por dos placas de forma triangular. Las plaquitas del cuerpo central tienen su principal efecto ornamental en la combinación de rosetas, formadas por alambres enrollados a la manera de un muelle y embellecidos con gránulos para cobijar piedras preciosas de color (se conserva una turquesa). Las arracadas son de extremada suntuosidad, grandes y tan pesadas que hubo que dotarlas de una cadenilla supletoria para pasarla por encima de la oreja; se configuran como pendientes del tipo normal entre los fenicios, amorcillado o en forma de sanguijuela, ribeteados por una exuberante cresta de flores estilizadas, pobladas de pájaros.

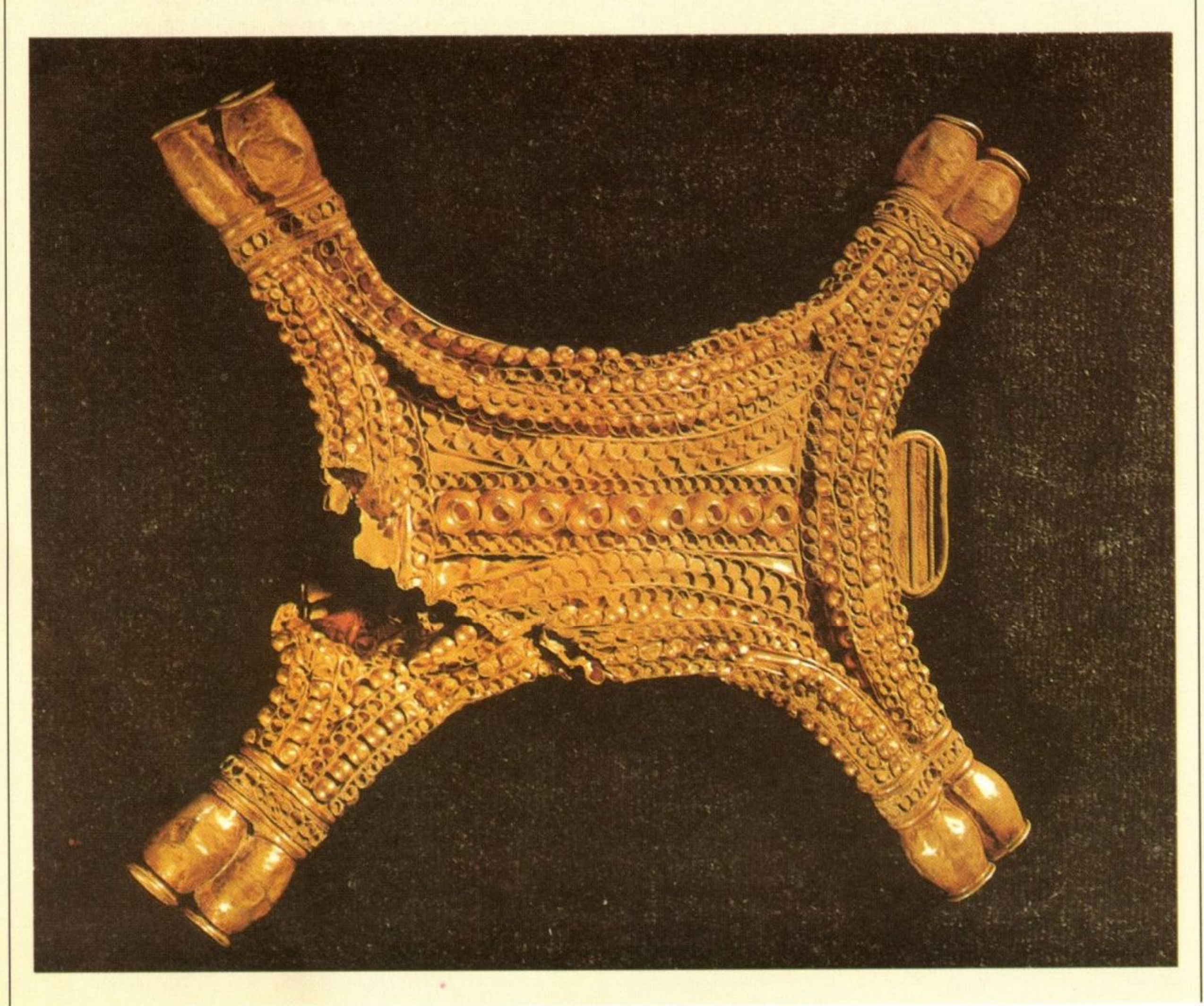
Los brazaletes, de aro abierto, consisten en placas caladas sobre las que se han soldado alambres en forma de espirales enlazadas, con el remate de dos grandes y hermosas palmetas, que brillan sobre el fondo granulado. El cinturón es una pieza magnífica; la cinta, ancha según el uso frecuente, ofrece una banda lisa en el centro, flanqueada por escenas yuxtapuestas que representan, muchas veces repetidas, a un hombre en lucha a cuerpo con un león, y grifos pasantes, realizadas ambas mediante troquelado sobre fondo cubierto de gránulos; en la hebilla se repiten los mismos temas, junto a combinaciones de palmetas de cuenco.

El tesoro de Aliseda responde a modelos propios del mundo fenicio, sirio o chipriota, y ha de ser producto, como tantos otros hallados en contextos tartésicos orientalizantes, de artesanos se-

mitas occidentales, quizá gadeiritas. Su fecha de fabricación debe situarse en el último cuarto del siglo VII a.C., o los comienzos del siglo VI. Conviene, por último reparar en un hecho: como parte de un ajuar funerario, no extrañará que sus temas decorativos más significativos desde el punto de vista simbólico, sean una expresión de vida —como las palmetas y los temas florales y animalísticos en general— o de triunfo sobre la muerte —representado con singular propiedad por el héroe del león, *equivalente, en nombres propios de la mitología, a Gilgamés o a Herakles—. Es una combinación temática repetida, punto por punto, en otras joyas funerarias, como en el pectoral de la tumba Regolini Galassi, de la ciudad etrusca de Cerveteri, por lo que no es aventurado pensar que las joyas de Aliseda fueran realizadas con destino exclusivamente funerario, para simbolizar el deseo de inmortalidad de que fue objeto la persona principal que con ellas fue adornada para su viaje al más allá.*

El tesoro de El Carambolo

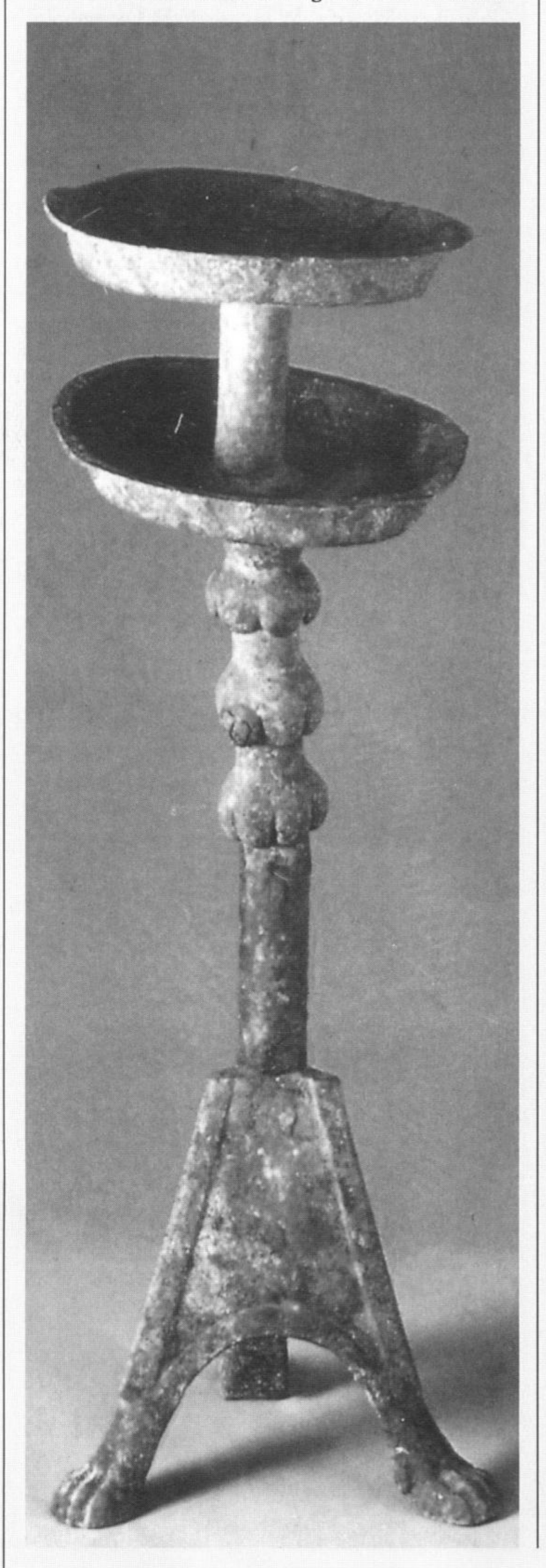
Es de distinto carácter el tesoro de El Carambolo (Camas, Sevilla), que fue ocultado en un agujero abierto en una antigua cabaña de su poblado alto, tal vez porque fuera un lugar de culto, un templo primitivo. Lo forman 21 piezas de oro muy puro, con un peso total de casi tres kilogramos, primera prueba de una riqueza poco común. Son placas rectangulares —elementos, quizá, de una especie de corona—, dos pectorales, dos brazaletes y un collar, con dos estilos decorativos, que parecen diferenciar dos juegos distintos. Uno presenta motivos más menudos, con toques de color de pasta vítrea, y a él corresponden el collar, uno de los pectorales y ocho de las placas. El collar es la pieza más fina: con cadena de alambres trenzados, suspende un pasador bitronco-cónico del que parten cadenillas con siete (eran ocho) colgantes en forma de sello signatario. Es de un tipo frecuente en Fenicia o en Chipre.



Página izquierda, pieza de oro correspondiente a un pectoral del tesoro de El Carambolo. Página derecha, piezas de orfebrería del tesoro de El Carambolo



Pebetero de bronce hallado en una tumba de La Joya, Huelva, con decoración de gusto orientalizante



El pectoral adopta forma de rectángulo de lados cóncavos: la figura esquematizada de una piel de bóvido abierta. Es la forma con que se fundían los lingotes de cobre en Chipre, donde adquirió valores simbólicos y religiosos, como acredita la figurita de un probable dios de Enkomi, que aparece de pie sobre una peana con el característico perfil de los lingotes. Recordemos aquí que la misma forma se dio a la planta del pequeño recinto o temenos *sagrado en el que se levantó el célebre monumento funerario de Pozo Moro.*

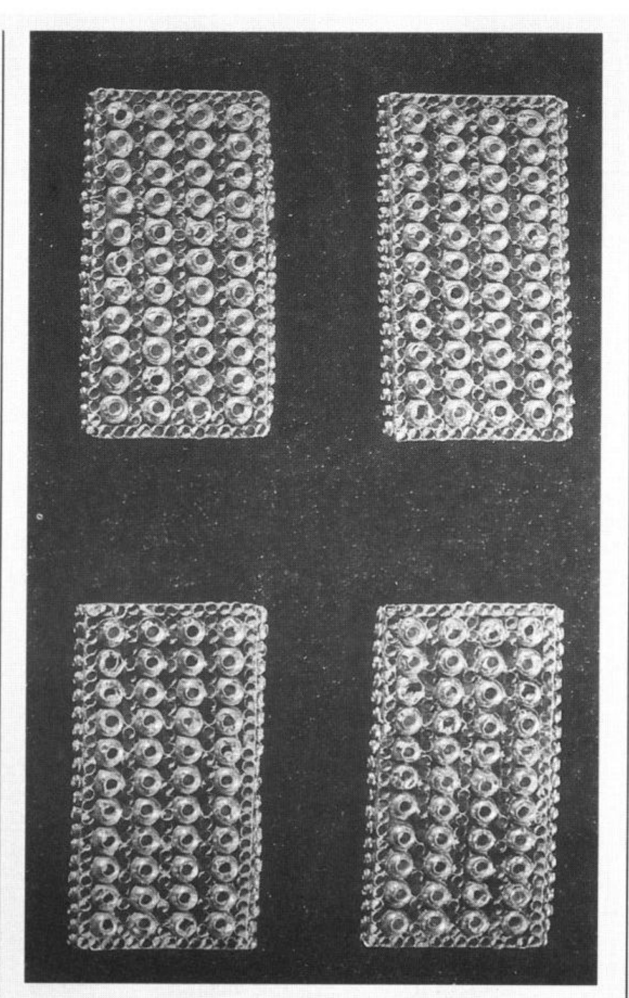
En el segundo juego se repite la ornamentación a base de series paralelas y alternas de glóbulos esféricos y rosetas troqueladas; se decoran así otras ocho placas rectangulares, un pectoral del mismo tipo que el comentado y los dos recios brazaletes cilíndricos. Si la técnica y la tipología de las demás piezas responden a influencias orientalizantes, los brazaletes no tienen precedentes en Oriente, sino que son de un tipo propio de los ambientes meseteños o centroeuropeos, como el espléndido ejemplar hallado en Estremoz (Portugal). Es un caso de hibridismo, explicable por el particular flujo de contactos culturales y raciales en que se desenvolvía la civilización tartésica, en la que hubo de contar el peso de los pueblos de raíz indoeuropea o céltica del interior peninsular. En las fechas en que se realizó el tesoro de El Carambolo, hacia la primera mitad del siglo VI a.C., la presión de los pueblos de la Meseta debió de hacerse muy intensa en el ámbito tartésico, penetrando en él hasta convertirse en uno de los factores desestabilizadores que determinaron la definitiva decadencia de Tartessos, y dando lugar a la caracterización de una región, entre el Guadiana y el Guadalquivir, que Plinio llamó la Beturia Céltica.

En cuanto a la función del tesoro de El Carambolo, el peso de las joyas, sus formas, la repetición de los dos juegos y el lugar en que se halló, hacen verosímil la hipótesis de que fueran, más que adornos personales, piezas destinadas al ornato de una estatua de culto; la costumbre está bien atestiguada en el mundo antiguo e intensamente probada en la cultura ibérica, gracias a la escultura. La tradición se mantuvo, sin

duda, en época romana, de lo que tenemos para Hispania, entre otros testimonios excepcionales, el de un gran soporte de mármol de Algeciras (Cádiz), con inscripción, dedicado a Diana, con la relación de las joyas entregadas a la diosa, o el pedestal de Acci *(Guadix), aún más expresivo, en el que una devota enumera pormenorizadamente las joyas que donó para el ornato de una imagen de la diosa Isis, con la indicación expresa del lugar al que estaban destinadas (para las orejas, para el cuello, para el dedo anular, para las piernas...).*

Valga la referencia más detenida a estos dos tesoros como muestra de la mejor orfebrería orientalizante, que se manifiesta con diversos niveles de calidad en muchas otras joyas de características similares, como las halladas en El cortijo de Ebora, en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), Segura de León (Badajoz), Serradilla (Cáceres), Peña Negra de Crevillente (Alicante) y otros lugares, o tan peculiares como los thymiateria *o* candelabros *de oro de Lebrija (Sevilla), caracterizados por la sucesión de anillos muy sobresalientes y aristados a lo largo de toda la pieza.*

Manuel Bendala Galán



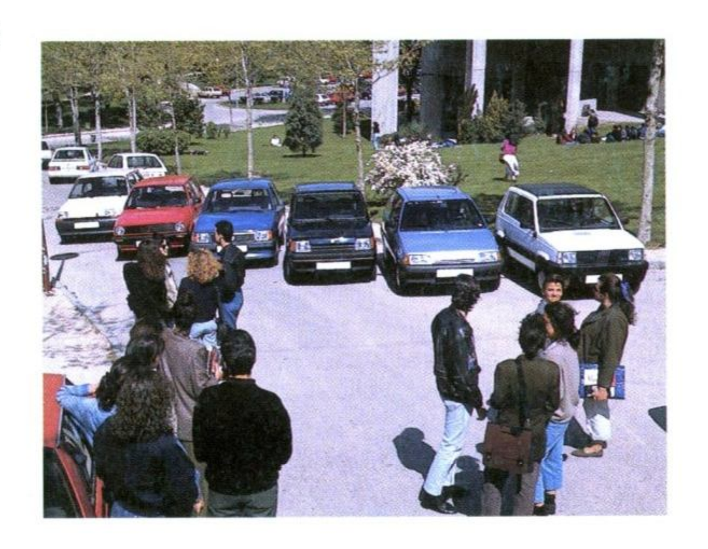
Cuatro de las placas de oro del tesoro del Carambolo

Bibliografía

Alvar, J. y Blázquez, J. M. (eds.), *Los enigmas de Tarteso,* Cátedra, Madrid, 1993. Aubet, M.ª E. (coord.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir,* AUSA, Sabadell, 1988. Aubet, M. E., «La aristocracia tartésica durante el período orientalizante», *Opus,* 3, 1984, pp. 445-468. Blázquez, J. M., *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente,* Cátedra, Madrid, 1992. Belén, M. y Escacena, J. L., «Las comunidades prerromanas de Andalucía occidental», *Paleontología de la Península Ibérica (Complutum, 2-3),* Madrid, 1992, pp. 65-87. Fernández-Miranda, M., «Les Phéniciens en Occident et la réalité tartessique», *I Fenici: ieri, oggi, domani,* Roma, 1995, pp. 395-407. Garrido, J. P., «Presencia fenicia en el área atlántica andaluza: la necrópolis orientalizante de La Joya». *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* vol. 3, Roma, 1983, pp. 857-863. Harrison, R. J., *España en los albores de la historia,* Nerea, Madrid, 1989. Maluquer, J. M., *La civilización de Tartessos,* EAU, Granada, 1985. Pellicer, M., «Yacimientos orientalizantes del Bajo Guadalquivir». *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* vol. 3, Roma, 1983, pp. 825-836. Plácido, D. Alvar, J. y Wagner, C. G., *La formación de los Estados en el Mediterráneo Occidental,* Crítica, Madrid, 1991; Ruiz Mata, D., «Tartessos», *Historia de España* (A. Domínguez Ortiz, dir.) vol. 1, *De la Prehistoria a la conquista romana,* Barcelona, 1990, pp. 379-429. VV.AA., *Tartessos, Revista de Arqueología,* ext. n.º 1, 1980. VV.AA., *La cultura tartésica en Extremadura,* Mérida, 1991. Wagner, C. G., «Aproximación al proceso histórico de Tartessos», *Archivo Español de Arqueología,* 56, 1983, pp. 3-36. Wagner, C. G. «Tartessos y las tradiciones literarias», *Rivista di Studi Fenici,* XIV, 2, 1986, pp. 201-228. Wagner, C. G., «Fenicios y autóctonos en Tartessos», *Trabajos de Prehistoria,* 52, 1, 1995, pp. 109-126.

... «Es evidente que las jóvenes participan en una cantidad mucho menor de accidentes graves que los jóvenes, causan menos problemas en la circulación y los costes de sus accidentes son considerablemente menores que los de los jóvenes. Esto se debe a que tienen actitudes mucho más realistas y son más conscientes de la seguridad que los jóvenes en relación con el coche y la conducción. Para las jóvenes conductoras, los aspectos prácticos del vehículo revisten especial importancia. Ellas consideran que el coche es, en primer lugar, un medio de transporte. Por eso, también es improbable que utilicen su coche para dar determinada imagen de sí mismas, imponer a otros o, incluso, solucionar conflictos con el acelerador.

Por el contrario, los jóvenes subrayan los componentes sentimentales de la conducción. Para ellos, la excitación, la alegría y la diversión están en lo más alto. En consecuencia, es más probable que los jóvenes cuenten con vehículos de tipo deportivo y conduzcan de forma peligrosa.



Otra diferencia importante específica entre los sexos afecta a la capacidad para separar la conducción de la ingestión de alcohol.» (Dr. Horst Schulze. Instituto Federal de Carreteras-Bast. Extracto de la ponencia «Distintas medidas para grupos de jóvenes conductores con estilos de vida altamente peligrosos», pronunciada en Madrid en octubre de 1995, con ocasión del Seminario Internacional del Joven Conductor.)

Si estas razones son las que hacen a los jóvenes varones más proclives a los accidentes, un cambio de actitud y el convencimiento de que la excitación, alegría y diversión pueden ser satisfechas en ámbitos distintos de la conducción, repercutiría beneficiosamente en reducir la tasa de accidentalidad.



